

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 115 - Junio de 2020 - Distribución gratuita | www.universoctr.com



Cercos epidemiológicos



En todas las ciudades del mundo el virus ha ido encontrando su hábitat más apropiado: barrios con menores ingresos y mayor número de personas por hogar, comunidades obligadas a buscar los pesos día a día, trabajadores de oficios indispensables y mal pagos, puntos marcados en el mapa por urgencias viejas y temores nuevos. En Nueva York, por ejemplo, los grandes brotes se han presentado en el sur del Bronx y el sureste de Queens, en barrios con población latina y afro de bajos ingresos. “Estamos en la misma tormenta pero no vamos en el mismo bote”, dijo hace poco Inez Barron, concejal del distrito de Brooklyn. La tasa de mortalidad por coronavirus entre negros y latinos duplica la de los blancos en la ciudad.

El ejemplo de Nueva York sirve como reflector sobre lo que pasa en algunas de nuestras ciudades. En Bogotá, Kennedy tiene medidas especiales de confinamiento desde principios de junio. Hay trece puestos de control para ingreso a la localidad donde viven más de un millón de personas. El tránsito solo es permitido entre las cinco de la mañana y

las siete de la noche, y solo se puede entrar para prestar “servicios esenciales de abastecimiento y salud”, y salir si es “estrictamente necesario”. En barrios como Patio Bonito, El Amparo, Bella Vista y María Paz el zumbido diario de vendedores ambulantes y bicitaxis no se ha detenido. Sus habitantes giran en torno al rebusco que deja la central de Corabastos todos los días. La noticia de una fiesta con treinta personas en una gallera indignó a la capital hace unos días. Y el señalamiento de desobediencia cayó sobre toda la localidad.

En Cartagena también hay medidas especiales sobre los barrios El Pozón, Nelson Mandela, Olaya Herrera, La María y La Esperanza. Todos barrios de estratos 1 y 2, con largas historias de desplazamiento y pobreza. “Qué tiene que estar la gente penando en la calle después de las cuatro de la tarde”, les dijo en tono severo el alcalde William Dau a los habitantes de esos barrios hace unos días. El castigo llegó después con la orden de cierre siguiendo directrices presidenciales. El calor debajo del zinc impide que la orden se cumpla con todo el juicio. Los medios reseñan al menos seiscientas fiestas “visitadas” por la

policía en un fin de semana. En el Mandela como en Kennedy el virus viaja a pie y en bicitaxi.

Es extraño ver a policías y militares luchando contra un virus. Levantando vallas y puestos de control, mostrando su actitud amenazante con el fusil para detener a un virus que mide su tamaño en nanómetros. Los científicos repiten con tono pedagógico: “Cabén millones del virus solo en la punta de un alfiler”. Mientras tanto, en los puestos de control se entrega la cédula, se insiste en vueltas inaplazables, se alega hambre, se intenta sacar un carro que hace de chivero en las plazas, se comparte la gaseosa entre dos soldados, se invoca la farmacia o la carnicería como destinos urgentes. Los cercos se ven cada vez más como un ejercicio aleccionador, un castigo a la desobediencia y una advertencia para la población rejas afuera.

En Medellín la lección se dio en la Comuna 2, en el barrio el Sinaí. El domingo 31 de mayo, sin previo aviso, llegaron los carabineros, el Esmad, los soldados y sobrevoló el helicóptero de la policía mientras se extendía el cerco inesperado. La comunidad está condenada a padecer encerrada sus propios miedos, a vivir de rejas para adentro, a agradecer el cuidado extremo de policías y soldados armados al lado de sus puertas. “El Sinaí es un pueblito, allá todo pasa en la calle, las fiestas, los juegos, las conversaciones, el comercio, las paila de empanadas...”. Es imposible que sea de otra forma en un asentamiento de callejones con casas de cincuenta metros cuadrados donde pueden vivir ocho o diez personas. Bajo la mirada escrutadora de los que se quedaron por fuera del cerco la gente del Sinaí cruza la frontera de su barrio con la temperatura recién tomada y las ganas de sacudirse la dirección para que no los señalen de “covidosos”. Con 42 casos activos de covid-19 y en una población cercana a los tres mil habitantes, el barrio quedó marcado como el principal foco de contagio de la ciudad.

El Sinaí es un asentamiento informal que inició su poblamiento en la primera mitad de la década de los ochenta en la zona nororiental, en el sector conocido como Las Camelias, entre la margen derecha del río Medellín y la carrera 52 o Carabobo (antigua vía a Machado), a la altura de donde hoy está la estación Tricentenario del metro. Hace parte del territorio del barrio Santa Cruz, que da nombre a la Comuna 2 (conformada por 11 barrios y considerada la más densamente poblada de la ciudad, con 110 mil habitantes aproximadamente, 4.5 % de la población total de la ciudad).

Los habitantes de este lugar son en su mayoría desplazados y viven en condiciones de extrema pobreza. “Aquí hay gente del oriente, del occidente y del nordeste del departamento”, dice Hernán López Aristizábal, líder de la Veeduría Ciudadana y oriundo de Granada,

Antioquia. En 2010, la Alcaldía de Medellín tenía 300 casas de madera y zinc identificadas y de 210 familias censadas, el 50 % se habían declarado como víctimas de desplazamiento forzado ante el Ministerio del Interior.

Los fundadores construyeron el barrio comprando solares para levantar sus ranchos de madera y ganándole terreno a la franja de inundación del río con volquetadas de escombros que pagaban comunitariamente. Los líderes de la Veeduría Ciudadana consideran al Sinaí un barrio en toda regla, pues han consolidado un territorio histórico propio y pagan impuesto predial y servicios públicos. Llevan décadas insistiendo en su regularización y la atención de sus necesidades básicas, como pavimentación de las calles, mejoramiento de viviendas y mejoras al acueducto y al alcantarillado.

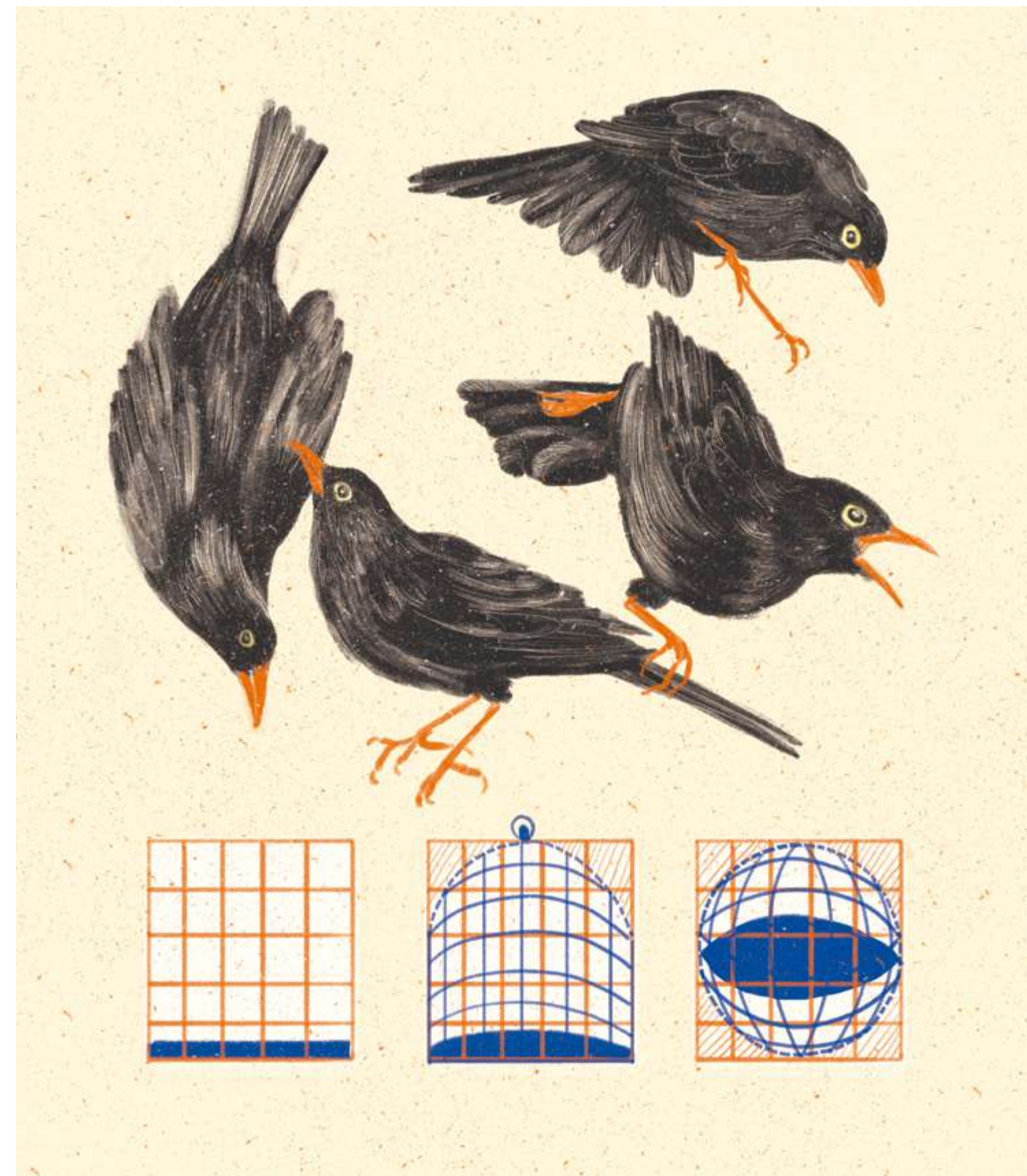
Además de enfrentarse a las inundaciones del río en temporada de lluvias, sus habitantes han sufrido oleadas de violencia. Desde mediados de los años noventa, su territorio ha sido testigo de enfrentamientos entre combos y ha estado bajo la influencia de diferentes grupos delictivos, en particular de la banda de Los Triana, que expande su radio de acción desde las comunas 1 (Popular), 2 (Santa Cruz) y 4 (Aranjuez) de Medellín hacia los barrios vecinos de Bello (La Gabriela, La Camila, Zamora y Santa Rita).

Ante la grave ola invernal de 2010, la situación de riesgo se agravó para la comunidad del Sinaí y la Alcaldía ordenó la desocupación y demolición de 198 casas, ubicadas en la llanura de inundación del río Medellín, a la altura de la calle 98A. La acción oficial desató disturbios con la comunidad y enfrentamientos con agentes antimotines. Desde entonces, se conformó la Veeduría Ciudadana, que sigue reclamando soluciones a las necesidades básicas desatendidas de una población que ha sido víctima de la violencia, excluida del desarrollo urbano, y hoy vive encerrada a la fuerza, aislada militar y geográficamente del vecindario que garantiza su subsistencia. El recelo a la autoridad se ve en las miradas y en la actitud en los puestos de control. Es difícil comprar legitimidad con una bolsa de garbanzos y una de lentejas.

Aislar aún más este territorio no requiere de grandes proezas. Con el límite natural del río Medellín por el occidente, la quebrada La Rosa y una estación del metro por el sur y la quebrada Hueco por el norte, basta con alinear un sendero de vallas y poner un policía cada dos metros a lo largo de la carrera 52. De esta forma, la comunidad queda sin acceso al servicio de salud, a la institución educativa, a la carnicería, al parque de Aranjuez, que es el lugar más cercano donde pueden conseguir internet gratuito. No es anecdótico que una de las versiones del origen del nombre del barrio apunte a un triste juego de palabras: “Sin nada ahí!”.

El tamaño de la jaula

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ • Ilustración de Laura Ospina



Mientras cambiaba el agua en la jaula de la mirla, mi padre dejó abierta la puerta y el pájaro escapó. Su vuelo era torpe y nervioso, de modo que no pudo remontarse en el cielo. Antes bien, saltaba a cortas distancias por los tejados vecinos. Tal vez por eso él confiaba en rescatarla. “Tiene las alas recién cortadas”, me dijo, sin perderla de vista. Ahora ella estaba en lo alto del caballo y miraba con desconcierto hacia todos lados.

Mi padre cogió una toalla, bajó las escaleras, salió a las calles del vecindario. Se notaba que él sabía orientarse en el espacio, de modo que intuía en el techo de cuál casa podría andar ahora. Fue hasta una de ellas, le pidió permiso a la dueña para subirse a la terraza de su casa. Allí le arrojaría el capote de baño para capturar a su ave canora. Desde la acera de enfrente, con una cerveza en la mano, yo lo veía, desangelado, mirando las cuerdas de la luz. La mirla se posó en una línea de alto voltaje sin inmutarse, como si quisiera burlarse de él con semejante desafío. Entonces sucedió algo inaudito. Mi padre le lanzó una piedra que había recogido quién sabe en qué momento, como un rapazuelo después de salir de la escuela. De pronto inclinó la cabeza y me miró. Estaba al borde del muro de una fachada y me daba temor verlo pararse en ese borde, pero no le dije nada porque tal vez sería aún más riesgoso. Me llamó la atención que su rostro no luciera desconsolado del todo por la pérdida del animal. Lo que observaba en él era una rabia incontrolable por la ingratitud de su mascota. ¡Cómo era posible que despreciara su ración diaria de agua y comida, su pedazo de plátano maduro y su espacio ventilado en el exterior de nuestra casa, con una vista al cielo de trescientos sesenta grados! La falta de lealtad del animal lo enervó a tal punto que, una vez se dio cuenta de lo lejos que había ido, y de la imposibilidad de rescatarla para traerla de nuevo a su cautiverio de lujo, pensó en voz alta: Qué bueno tener un rifle para tumbarla... Miró al piso, tomó otra piedra, apuntó y se la lanzó ahora hacia una rama de un guásimo donde la fugitiva se limpiaba el pico, ahíto, con el ala. Ella tenía el gesto obtuso, desorientado e indefenso, como el de los poetas que salen de sus torres de marfil y en el primer semáforo se ven con cara de extraviados, o a veces no saludan a un conocido que pasa, a un palmo de distancia, solo porque andan en sus cosas.

Sin el menor atisbo de pesar, solo con la molestia del burlado, papá regresó a casa, con el acompasado sonsoneo de sus chancletas. Pensé en el tamaño de las jaulas, en lo relativa que es toda forma de libertad. Quizás en el planeta entero como jaula.

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

— Angélica, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 115 - Junio 2020

Versión digital

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universo
centro

Fake story: la imaginación idiotizada

por JUAN ÁLVAREZ • Ilustración de Sebastián Cadavid



Hemos imaginado tantas veces la destrucción de la Tierra que ahora no conseguimos imaginar una nueva relación con la naturaleza.

Cometas gigantes que golpean el planeta, alienígenas que nos descargan sus rayos inconcebibles, catástrofes nucleares narradas desde refugios remotos y antiatómicos.

En 1988, Edgar Whisenant, exingeniero de la Nasa, vendió cuatro millones de copias de su libro *88 Reasons Why the Rapture Will Be in 1988*. Cuatro millones. Exingeniero de la Nasa.

Teníamos listos los cohetes de Elon Musk para traer minerales de Marte y comprensiones del universo extraídas de los telescopios que ya estábamos parqueando en órbitas lejanas que apuntarían fijamente hacia sistemas exoplanetarios remotos.

Ahora con la pandemia resulta que a duras penas producimos suficientes ventiladores para cuidados intensivos. Y tapabocas más recios que simples bufandas.

Mi abuelo a eso le decía “quedar en su plata”. Entramos de lleno en el siglo XXI y quedamos en nuestra plata, que resultó ser más bien poca.

Quizá sea cierto que todas las culturas, así como ofrecen relatos de creación, han imaginado el color y la forma de las fuerzas que vendrán a destruirnos.

Las profecías mayas, por ejemplo, que deberían estar en algún *Chilam Balam*, y que no están allí porque ocurre que esos textos no son precolombinos, sino coloniales, es decir, fueron escritos bajo el yugo español, ordenados a “sacerdotes” mayas por sacerdotes católicos que después de un par de siglos de genocidio debieron detenerse y pensar: mierda, ya hemos quemado un millón y medio de *anahtes* (nombre yucateco para los libros de papel amate doblados en forma de biombo, donde, al parecer, ocurría la escritura maya, pictográfica y de alto colorido), solo quedan estos tres *códices*, mejor les pedimos que vuelvan a escribir todas sus “creencias”, no vaya y sea que tengan alguna importante.

Y una de esas importantes debió ser la concepción maya precolombina de la fuerza que vendría a destruirnos, destruida antes por ese otro pueblo sapiens castellano particularmente obsesionado con el monopolio de los símbolos.

Luego sí vendría la franquicia fabricada: cientos de libros gringos escritos entre los sesenta y los ochenta sobre supuestas *profecías mayas*. Un uso del “aura indígena” que parece querer decir: si estos fueron aniquilados, alguna autoridad proyectarán sobre la aniquilación.

Franquicia abierta: millones más de ejemplares vendidos.

Me detengo y pienso: nuestro relato apocalíptico contemporáneo ya no es ni bíblico ni indigenista, es simple y llanamente “divertido”. Divierte porque siempre trae consigo una solución de última hora y malabarismo individual.

Quien realmente ha imaginado (y nos ha impuesto) esta destrucción “entretenida”, seguida de la salvación “maravillante”, ejecutada por el individuo astuto, ardoroso y heterosexual, ha sido la *pop culture* gringa idiota.

Armageddon. Independence Day. The Day After Tomorrow. I am Legend. Pacific Rim... La lista es descomunal. Tanto así que está registrada en Wikipedia: “*List of apocalyptic films*”.

Desde luego, como en todo océano de murgre, en él brillan aún unos pocos corales excepcionales: *Mad Max, Blade Runner, 12 Monkeys, The Road*.

Tengo la intuición (que no quiero intentar demostrar aquí ni en ningún otro plano del universo) de que la poca plata que nos está mostrando esta crisis sanitaria es en parte una escasez de la imaginación: mucho anhelo de *blockbuster*, poco rango de oído para las mil formas del canto de los pájaros.

A principios de marzo, cuando la propagación del virus apenas comenzaba en nuestro continente, llegó a mi pantalla la foto de dos páginas de un libro titulado *The Eyes of Darkness*, publicado en 1981 por el escritor estadounidense Dean Koontz.

De inmediato recordé la obsesión ochentera por historias de virus, infecciones, bacterias y armas biológicas. Era un hecho literario, quién sabe si cierto o no, que yo había raspado un par de años atrás, cuando investigaba para una novela de clima ficción que entonces estaba intentando.

En la foto de las páginas, el virus tenía nombre: “Wuhan-400”. Hasta los primeros días de este año 2020, yo desde luego nunca en mi vida había oído hablar de la ciudad china de Wuhan. Pero había más, y fue lo importante para mí: una de las páginas hablaba de una neumonía severa y de un ataque a los bronquios humanos que se expandiría por todo el globo terráqueo.

Subí ambas fotos a Twitter, junto a la portada del libro, y escribí “NO ME JO DA”, seguido del emoji de asombro. Fueron 48 horas de reacciones epistemológicas absurdas. Incluso el portal colombiacheck.com consideró necesario pronunciarse.

En síntesis, los cientos de mensajes que me cayeron encima decían más o menos lo siguiente: *Koontz did not predict the coronavirus*; en el libro el virus no se llamó “Wuhan-400” sino “Gorki-400”; lo que yo había publicado era una página falsa que había deslizado la editorial para promover el libro; fijo me estaban pagando; yo era un propagador de *fake news*; por idiota, merecía la deshonra.

Nadie nunca habló de las líneas sobre la neumonía severa y el ataque a los bronquios humanos.

La gente espera de la ciencia ficción el acierto del futuro. Leemos literatura demandando de ella no el ensanchamiento de las grietas y las opacidades de la existencia, sino la reducción y el señalamiento preciso de lo que será. Por eso siempre estarán de moda los libros de frasecitas coloreadas para la ocasión: ¿tienes ansiedad?, toma estas dos líneas detenidas.

La escasez de la imaginación es nuestra piedra de sacrificios. El espíritu del *blockbuster* son nuestros pies plantados en el suelo. Por eso queremos ir a Marte: somos más vanidad que plata.

En estos meses de confinamiento, a raíz de que en septiembre de 2019 publiqué una novela de ciencia ficción NO protagonizada por un virus, he soportado una misma broma más de cien veces: “Para qué escribiste sobre una catástrofe tectónica, pendejo, hubieras hecho lo mismo pero con un virus jajajaja”.

Mis amigos, principalmente, son quienes están convencidos de que me equivoqué. “¡Perdiste tu oportunidad, idiota!”, terminan y se carcajean.

Por supuesto que me equivoqué: imaginar es hacer con desacierto.

En *La transmigración de los cuerpos*, una novela de Yuri Herrera publicada en 2013 y nacida al calor de la gripa H1N1 ocurrida en México en 2009, un sujeto nombrado como el Alfaqueque, dedicado a ejecutar y a palabrear mediaciones difíciles, recibe el encargo, en medio de una pandemia, de preparar el terreno para el intercambio de dos secuestrados que acaban muriéndose antes de tiempo. Cuando llega el momento, el Alfaqueque pone a los familiares frente a frente y el intercambio de cadáveres ocurre:

“Me dicen que se enfermó, que ustedes no me la mataron, y yo les creo, pero ¿qué necesidad había de encima chingarnos así? ¿Y todo por qué? Peleándonos por polvo.

Era mi polvo, dijo el Delfín. Y al decirlo sonó como si tuviera una fuerza que ya no tenía, y lo dijo sin ahogarse, con ese pulmón que le faltaba desde hacía años”.

Todos en la escena están acabados. Son polvo. Los vivos y los dos cuerpos muertos.

Los años de guerra entre ambas familias, sus mezquindades mutuas, disminuidas como la maderita encendida de un fósforo.

A los ojos de colombiacheck.com esta escena de luto pandémico sería *fake*, porque los cuerpos muertos por la enfermedad no se entregan a los familiares, van directo a la incineración.

Ese *desacierto* de la imaginación, esa *imprecisión* en las opacidades que puede traer el futuro, eso allí inoportuno y equivocado, es la poesía: una metáfora no viene al mundo para acertar; una metáfora viene al mundo para iluminar, e inmediatamente después rozar y fallar.

La gente que vende vino vive en un universo nítido: si están vendiéndose menos botellas de vino es porque la gente está tomando menos vino.

No ocurre igual con el relato. Están vendiéndose menos libros en todo el planeta, y sin embargo, como nunca antes en ningún otro momento de la historia de la humanidad, en estos meses de confinamiento hemos consumido libros o películas o discos o video idiotas y sublimes en magnitudes incalculables.

Ocurre que los libros no vienen en los libros. Los libros, depositarios de relatos, se materializan de distintas maneras y existen más allá de las tapas y los sellos: ocurrirán en los quipus, aquellos tejidos andinos precolombinos que parece que fueron sistemas de contabilidad pero también sistemas de escritura; ocurrirán en las paredes de las cavernas y en las entrañas del bailarín paleolítico que le daba vueltas y vueltas a la hoguera.

Pasmados, encerrados, angustiados, enfrentados al aburrimiento que nos derrite, millones de sujetos en el mundo nos hemos descubierto con más tiempo entre las manos y nos hemos convertido en *amateurs* de toda posible expresión artística confinada: *lives* de *collage* —la gente en casa trozando sus revistas—; *tik toks* de coreografías —la gente en casa orillando sus muebles para abrir pistas de baile—; diarios de pandemia —la gente en casa pegada a sus ventanas apuntando sus pensamientos—.

Crecí escuchando (y tal vez muera escuchando) el sonsonete de una misma pregunta podrida: ¿cuál es la utilidad de la literatura? Quizá la desgracia de la pandemia también nos ha caído para contestar esa pregunta de una vez y para siempre.

Mira, Roberto, te contesto (puedo escuchar a la pandemia decirle a Roberto), y será solo esta vez, porque la próxima vez que desesperes con tu pregunta podrida, voy a quitarte todo el dinero que traigas en los bolsillos, que ya sabemos será poco: el relato está aquí para evitar que se te sequen el cerebro, para ofrecerte una nueva oportunidad de imaginar su relación con la naturaleza, y para que vivan con dignidad todo este sufrimiento. ©

Magia congelada



por IGNACIO PIEDRAHÍTA • Ilustración de Tobías Arboleda

Una novela calurosa como *Cien años de Soledad* empieza con una sensación de frío: Aureliano Buendía recuerda cuando su padre lo llevó a él y a su hermano a conocer el hielo. El padre, de hecho, tampoco lo conocía. Era una novedad para los tres aunque no la vieran con los mismos ojos, pues a una curiosidad adulta le cuesta permanecer en el disfrute de la fascinación. De modo que, para José Arcadio, esos singulares objetos de feria que traían los gitanos encarnaban también la posibilidad de volverlo rico.

De ahí que no se contentara simplemente con ver o tocar, sino que los quería para él. Primero compró un imán, luego un catalejo y una lupa, y después unos instrumentos de navegación y un laboratorio de alquimia. Grandes descubrimientos en su momento, la riqueza que estos artefactos habían dejado a sus inventores era ya materia de leyenda. José Arcadio tenía visión, solo que iba atrasada unos cuantos siglos. Cuando descubrió, con el sextante y los mapas, que la tierra era redonda, su esposa Úrsula llegó al límite de la tolerancia y expulsó a los gitanos del pueblo.

De modo que cuando volvieron, varios años después, trayendo el hielo, ya el esposo estaba amansado y era un hombre soñador pero inofensivo. Más inclinado a dar una opinión que a emprender acciones, no resultaba ya una amenaza para el patrimonio familiar. El témpano se exhibía en un cofre de pirata, custodiado por un gigante de torso peludo, cabeza rapada y nariguera. Cuando el cliente pagaba diez reales, este levantaba la tapa del arcón y se lo

dejaba ver, y, por cinco más, tocar. José Arcadio entregó el dinero, apoyó su mano en el témpano y, “como expresando un testimonio sobre un texto sagrado, exclamó: este es el gran invento de nuestro tiempo”.

Aunque su inocencia llama a la compasión, aquel juicio sobre el hielo no constituye el colmo de la locura de José Arcadio. Al contrario, de todas las novedades que habían traído los gitanos año tras año, esta era la de más reciente invención. Es más, estaba en pleno auge mundial. Porque el hielo tendría apenas medio siglo de uso como producto comercial y ahora estaba en su mejor momento. Si consideramos que el coronel Aureliano participó en la Guerra de los Mil Días, y si ponemos que combatió digamos en su segunda juventud, los anteriores hechos en Macondo debieron de haber sucedido alrededor de la década de 1870. Colombia había salido de una guerra civil hacía una década y se preparaba para otra, pero de alguna manera eran años de paz, donde coexistían la fantasía y el comercio exterior. De ahí que fuera perfectamente posible la entrada al país del objeto de moda en el mundo en ese momento: el hielo, con su denominación de origen.

Lo más probable es que el bloque congelado que llevaron los gitanos a Macondo hubiera venido del noreste de los Estados Unidos, donde estaba entonces el centro del comercio mundial del hielo. En realidad, no había otro lugar posible de donde hubiera podido llegar, salvo que lo hubieran bajado de los picos nevados de la Sierra Nevada de Santa Marta. Pero aun en ese tiempo era más fácil traer mercancía del exterior que

moverla dentro del país. Y, sí, José Arcadio tenía razón, alguien se había hecho rico vendiendo agua congelada.

El negocio del hielo en aquel entonces no es como lo imaginamos hoy en día, pues cuesta creer que las fábricas de hielo y las neveras caseras no hubieran existido siempre. Antes las verduras se consumían recién cogidas y la carne se salaba o se cocinaba para que no se dañara, especialmente en el verano o en los países tropicales. Solo en algunas pocas poblaciones cercanas a montañas nevadas se usaba el hielo natural para conservar un poco más estos productos en días calurosos de mercado. En general el hielo se usaba poco y solo para conservar alimentos, y, nunca, en ningún bar del mundo, se servía el trago frío, hasta que eso cambió radicalmente en el siglo diecinueve, cuando a alguien se le ocurrió poner cubos de hielo dentro de las bebidas.

Esa persona fue el señor Frederic Tudor, un bostoniano de familia acaudalada que después de un viaje al Caribe se dio cuenta del gran potencial del hielo para sofocar una sed tropical. Tudor, que en esa época estaba dedicado a la sola actividad de disfrutar de su fortuna, y que era consciente de que sus gastos rápidamente la mermarían, estaba a la espera de un gran negocio. Y lo encontró: el hielo, que faltaba en medio planeta, sobraba en invierno en las tierras frías vecinas de su finca. Solo había que transportarlo a donde fuera necesario, aunque, previamente, hubiera que convencer a la gente de que no podía vivir sin él.

Ninguna de las dos cosas resultó fácil. Para empezar, ningún capitán quería menoscar su prestigio llevando

en su barco una especie tan insípida, de modo que Tudor tuvo que comprar la embarcación para su primer envío. Este lance inicial, que fue a Martinica, resultó en fracaso. La gente allí no conocía los medios para conservar el hielo y se derritió en el mismo puerto. Aparte, nadie sabía para qué servía. Esto llevó a Tudor a realizar una gira por el sur de los Estados Unidos, de bar en bar, dando muestras gratis a sus dueños, con el fin de que ellos mismos experimentaran el cambio que significaba tomar una bebida helada. Les apostaba que alguien que probara agua con hielo no volvería nunca a tomarla directamente en la llave.

Al fin, Tudor tuvo éxito. Tras su estrategia de mercadeo, el mundo entero se aficionó al hielo. Todos los bares de su propio país comenzaron a usarlo, y las carretas repartidoras de hielo pasaban por los barrios para suplir los pedidos de los hogares. Servir la sobremesa fría pasó a ser un motivo de distinción en una casa de familia, y un whisky sin hielo en el bar ya era casi un pecado. Estas maneras se propagaron por el Caribe y por todo el planeta. Unos de los grandes clientes de Tudor fueron los ingleses, quienes encontraron de repente cómo llevar más elegantemente su labor colonial, pues estar bien vestido en Ceilán o en Borneo resultaba intolerable sin un trago frío en la mano. Flotas de barcos mercantes cargaban hielo en los puertos de Boston y Nueva York, y surcaban el mundo para abastecer la demanda global.

Tras dos décadas de altibajos y bancarrotas, Tudor llegó a ser conocido en el mundo de los negocios como el “rey del hielo”. Y tras su muerte en los años

treinta, el mercado del hielo aún tenía casi cien años de apogeo por delante. En todo ese tiempo el producto salió del mismo lugar: el noreste de los Estados Unidos y el sur de Canadá. Si bien los escandinavos trataron de hacer competencia, el mercado interno de Europa tardó en cobrar entusiasmo y en los palacios ingleses solo se consumía hielo americano, marcando la tendencia.

Por grande que fuera la demanda, la oferta estaba a su medida. El hielo era entonces un producto netamente natural y se daba cada año durante el invierno, cuando se congelaba la capa superior de los numerosos lagos de Nueva Inglaterra. Sin embargo, era tal la solicitud del producto, que un invierno relativamente cálido podía provocar una “hambruna de hielo”, con la consiguiente crisis económica y escasez en las calles.

Pero normalmente había para todos. La cosecha del hielo solía comenzar “un día después de Navidad...”, como lo cuenta Henry David Thoreau, quien en los años cuarenta vivía en su famosa cabaña junto a Walden, una de estas lagunas que se escarchaban en invierno y que eran explotadas por los negociantes de hielo. En lo más frío de la estación, cuadrillas de trabajadores llegaban a las lagunas y medían el espesor del hielo que las cubría para ver si este podía aprovecharse. Poco menos de dos cuartas eran suficientes para sostener a los trabajadores y sus animales de tiro.

Después de comprobar el espesor, los obreros limpiaban la superficie con rastrillos y luego marcaban una cuadrícula. Esto se hacía con uno o dos caballos que jalaban una especie de arado con una cuchilla y dejaba un surco visible. Entonces, entraban en acción los cortadores y aserraban los bloques manualmente.

“En el invierno de 1846 a 1847”, cuenta Thoreau en *Walden*, “todos los días venían cien irlandeses con capataces yanquis desde Cambridge para llevarse el hielo de la laguna”. El primer día “descendieron precipitadamente hasta nuestra laguna con carretas llenas de utensilios de labranza de aspecto desgastado, trineos, arados, sembradoras, cuchillas para la hierba, palas, sierras, rastrillos, y todos estaban armados con un pico de doble punta. (...) No sabía si venían a sembrar centeno de invierno o alguna otra especie de cereal importada recientemente de Islandia. (...) Dijeron que un hacendado, que permanecía en el anonimato, deseaba doblar su capital, que, según entendí, ascendía ya a medio millón de dólares, pero, a fin de cubrir cada dólar con otro nuevo, hizo descubrir la piel de la laguna de Walden quitándole su abrigo en pleno y crudo invierno”.

Una vez cortados los bloques de hielo, que quedaban flotando, eran sacados del agua con garfios de hierro y se montaban en carretas, o con malacates a vapor que los subían en cintas transportadoras en el caso de las grandes explotaciones. En amplias bodegas de madera, las *ice houses*, se escuadraban los bloques para que dieran dimensión y luego se les apilaba en pirámides de hasta diez metros de altura. De ahí se iban despachando en ferrocarril para los puertos y el comercio internacional, o hacía los centros de distribución del mercado local.

Puesto que hasta el florecimiento del comercio del hielo nadie se ocupaba de esta costra de agua congelada, tuvo que escribirse una legislación. Normalmente quien tenía tierra sobre la orilla de lago gozaba de prelación, pero el dinero que generaba esta industria era tal que había frecuentes querrelas, equiparables a las que surgían por minas de oro. El caso del lago Fresh, donde tenían las bodegas la empresa de Tudor y otros empresarios, debió ser resuelto por un profesor de Harvard, con mapas topográficos dibujados al centímetro. Se dice que incluso la gente se disputaba el derecho sobre los témpanos que bajaban por los ríos.

Mientras tanto, Thoreau observaba con los ojos del poeta, intentando entender cómo encajaba todo aquello: “A veces uno de esos grandes bloques resbala del trineo de un nevero, cae a una calle de la ciudad y yace allí durante una semana, como una gran esmeralda, recibiendo la atracción de los transeúntes. (...) Así es como, al parecer, los achicharrados habitantes de Charleston y Nueva Orleans, de Madrás, Bombay y Calcuta, beben de mi pozo. (...) El agua pura de Walden se mezcla con el agua sagrada del Ganges”. También a José Arcadio ese “enorme bloque transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba en estrellas de colores la claridad del crepúsculo” lo hizo sentir parte del mundo.

El hielo natural dejó de consumirse a principios del siglo veinte, cuando se inventaron e hicieron asequibles los congeladores eléctricos. Este nuevo hielo se ofrecía, paradójicamente, más puro y mejor para el estómago. En cien años los lagos de la región productora se habían contaminado con las aguas negras de los pueblos aledaños. Como en adelante sería la norma, lo artificial resultaba más práctico y seguro. Hasta hace poco nos refiamos con benevolencia de la ingenuidad de Thoreau o de José Arcadio. Ahora, sin embargo, hemos descubierto que si el hombre ha perdido la capacidad de sorpresa, la naturaleza se encargará de devolvérsela. ☺



310 216 5442 / 312 813 9602
axiomaeditores@gmail.com
f @axiomaeditores



Envíos gratis a toda la ciudad



Novedades de *Hilos de plata*

Héroes de barro, de Jaime Restrepo Cuartas, narra la vida en Miraflores, un pueblo ribereño obligado a asistir al surgimiento de una violencia, infame como todas, y como casi todas, alimentada por la ambición, como un espejo de lo que acontece desde hace décadas en muchos lugares de nuestra geografía.

A la venta en la tienda online de Casa Tragaluz: <https://www.tragaluzeditores.com/libros/>



Pulso & Letra Editores
Carlos L. Gaviria
Editor/Director

Libros con sentido social,
literario y poético

Los libros abren las
puertas del mundo

Pulso & Letra f
www.pulsoyletraeditores.com.co
pulsoyletraeditores@gmail.com

Cada vez que adquieres un servicio de RAYA AYUDAS a una comunidad y a sus animales en Colombia

Esterilización • Microchip • Vacunación
Limpieza dental • Exámenes de sangre
Prueba de sida y leucemia
Servicios especializados

Programa tu cita 317 6604522





Fotografías de Juliana Restrepo Santamaría

Dos innombrables

El pasado 18 de abril en el barrio Colinas de Enciso, en la Comuna 8 de Medellín, realizamos una encuesta para registrar a las personas que podrían ser beneficiarias de los apoyos alimenticios de la Alcaldía. Un hombre mayor nos abrió la puerta de su casa, entramos, y mientras tomábamos sus datos su mujer nos trajo un tinto. El hombre nos contó que él y su familia fueron desplazados de un corregimiento de Puerto Berrío. Y dijo que tenía un papel con los nombres de las personas que lo desplazaron, que él no recordaba muy bien quienes fueron. Buscó en su billetera de plástico el papel gastado y nos lo enseñó como una prueba irrefutable. Leímos los nombres apuntados a mano.

El hombre, como si nada, guardó el papel y entregó su cédula para continuar con la encuesta. ©



48 años en modo alivio

*Remediando la necesidad de techo
con vivienda digna,
entregando miles de libros,
apoyando la educación
e incentivando la cultura.*

*Dando voz a las mujeres,
acompañando a movimientos sociales,
a los jóvenes y a la diversidad.*

*Cuidando el planeta,
llevando nuestros servicios
a las regiones más necesitadas
y enseñando a ahorrar con paciencia
y a gastar con parsimonia.*



¡Y así seguiremos siempre!

VIGILADO
SUPERINTENDENCIA FINANCIERA
DE COLOMBIA

La diferencia está en confiar

confiar
coop

J. A. Osorio Lizarazo comenzó muy joven sus correrías de obrero de la máquina de escribir. Sus aventuras en las minas y las haciendas cafeteras del Viejo Caldas fueron afilando su talento, sus ideas, sus personajes. Desde 1917 elaboró un archivo con notas sobre sus trabajos de campo y calle. Entre 1930 y 1940 vendrían buena parte de sus novelas y su llegada a los escritorios de las oficinas públicas. Este relato de peste en Bogotá

fue publicado en *El Tiempo* en 1939 y está inspirado en una experiencia personal de Osorio Lizarazo. Una pelea de cantina en un pueblo de Caldas lo llevó de regreso a Bogotá para recibir atención médica y la “buena fortuna” hizo que se encontrara con los estragos de la gripe española. Veinte años después esa experiencia aparecieron estas páginas de miedo sobre lo que algunos llamaban “amistosamente ‘gripita’”.

Las escenas de horror y de miseria que Bogotá presenció durante la epidemia de gripa de 1918

por JOSÉ ANTONIO OSORIO LIZARAZO • Ilustración de Elizabeth Builes

Yo, Pascual Goya, me encontraba en una cama de hospital cuando se presentó la epidemia. Tenía a mis costados dos rufianes de tipo clásico, y por toda la extensión de la sala se extendían los cuerpos, lacerados por la miseria, de mendigos, vagabundos y obreros de ínfima categoría. En el ambiente flotaba a todas horas un penetrante olor de ácido fénico, con el cual los practicantes y enfermeros querían amortiguar el que despedían las carroñas humanas que se descomponían entre las camas. Por las ventanas, abiertas sobre el patio colonial, de ladrillos perpetuamente humedecidos, se encontraba también un olor de enfermedad y de muerte, y las macetas de flores que trataban de prender entre aquella humedad esparcían aromas agonizantes como de corona mortuoria. Yo, Pascual Goya, era adolescente y habíame solidarizado en el padecimiento con esa gentuza. Tenía, como los rufianes, una llaga purulenta, que me abrió las puertas de la gran casona misericordiosa en cuya escalera de piedra, anchurosa y cómoda, hecha como para que no se desbaratase con el excesivo ejercicio el vientre obeso de los frailes que habían de habitar en sus aposentos, después salas de cirugía, se destacaba, con olores opacos por el tiempo, la efigie inexpresiva del fundador español. Bajo un numerito que habría reemplazado mi nombre, Pascual Goya, como en los presidios, se descomponía mi carne adolorida, sin que los yoduros, las aguas oxigenadas y los jarabes inocuos que costaba la beneficencia, trajeran alivio alguno para la agresividad implacable del mal, que corroía, corroía sin cesar, hasta perforar el hueso y hacer precisa, al cabo de años de sufrimiento en el lecho mercenario, la amputación. Entonces fue cuando se presentó la epidemia. Los supervivientes de aquella época recuerdan los días angustiosos que vivieron. Era hacia septiembre de 1918 y el bacilo misterioso que no pudo ser localizado bajo las lentes de los microscopios ni pudo ser seguido en su historia clínica había atravesado el Atlántico, a bordo de cualquier embarcación y colocado en la sangre de algún marino anónimo. Era la guerra que llegaba hasta nosotros, que cruzaba el mar trayendo hasta los Andes su ímpetu destructivo, y que como no podía enviar obuses

disparaba el cólera, con la implacable ferocidad con que en la Edad Media se corría del Ganges hacia occidente, cuando la vieja civilización asiática quería destruir la que se formaba más acá del Cáucaso. La primera víctima fue una señora que iba a subir al tren, en viaje para Girardot. Dio un alarido y cayó muerta entre las ruedas del vagón. El itinerario del tren se modificó aquel día de septiembre, 1918, y el cadáver fue llevado a la sala de autopsias, junto al cementerio, entre el horror de cuantos presenciaron la trágica escena, porque las muertes repentinas, en aquellos días, se empeñaban en ser castigos de lo Alto por algún pecado oculto. Poco después pereció un señor en el tranvía, y otro cayó de redondo “como herido por un rayo”, según la gráfica expresión de entonces. Y así, las defunciones fuéronse mostrando, rápidamente, con angustiadora frecuencia. Primero era un leve dolor de cabeza, un malestar general, un poco de fiebre: los síntomas clásicos de aquello que los buenos bogotanos llamaban un catarro, y que se disolvía en fluxiones nasales, lo que concedía a la enfermedad un final un poco grotesco. Luego la persona, si no era robusta y bien constituida, perdía el conocimiento y entraba en un período de agonía atónita, prolongada durante tres o cuatro horas. Y enseguida se quedaba muerta. Algunos, los más fuertes, se salvaban, pero otros prolongaban el sufrimiento por tres o cuatro días, al cabo de los cuales fallecían. La literatura, que como es tradición nuestra, se exaltó frente a la trágica invasión de la peste, no fue bastante para contener el avance del mal. Diéronse explicaciones científicas, que no fueron eficaces. Publicáronse fórmulas precaucionales, expresáronse conjeturas, sentáronse hipótesis, escribióse mucho y muy largo, pero la enfermedad seguía asolando los hogares con inaudita crueldad, que no acertaban a explicarse aquellas excelentes personas de altísimo cuello de pajarita, sombrero hongo de ala plana y chaqueta de cuatro botones y diminuta solapa. No, la literatura no era suficiente para combatir el mal y entonces se hicieron rogativas, respuestas e imploraciones a los poderes celestiales, se trajo al Señor de Monserrate y se ofrecieron promesas a la Virgen de Chiquinquirá. Los remedios efectivos iban en progresión lamentable hacia el materialismo, y el gobierno tuvo que intervenir, dictar

resoluciones drásticas y emprender una lucha heroica contra el bacilo, sirviéndose de limones como de proyectiles poderosos e irremplazables. La palabra gripa, que fue adoptada por los científicos y por el público para darle algún nombre a la peste, no decía nada ni tenía significación de peligro, siendo así que se trataba de un auténtico cólera. Pero gripa sonó agradablemente a los oídos bogotanos, se acomodaba a la despreocupación con que quería recibirse la tremenda epidemia, y no faltaba quién dijera amistosamente “gripita” cuando empezaba a sufrir los primeros síntomas, que le harían de producir la muerte algunos pasos más adelante, si estos primeros síntomas se presentaban en la calle. En sus días es lo único serio que vio en sus realidades nuestra generación, aparte de los temblores que en el año inmediatamente anterior conmovieron a Bogotá y amenazaron con destruirla.

El hospital

La epidemia llegó muy pronto al hospital, donde yacía yo, Pascual Goya, en la cama número 76. En un rincón, al extremo de la sala colonial y sucia, se debatía un hombre que ululaba como un niño desamparado. Se le estaba licuando el cerebro por algún mal desconocido de le fluía por todas las aberturas craneales. Estaba ciego y sordo, y los residuos de su vida se habían acumulado en la garganta para cristalizar en esa interminable lamentación sin vocalizar, que parecía un aullido. Por la mañana amaneció caído sobre el pavimento de ladrillos que fueron cuadrados, se rompieron con el tiempo, continuaron sirviendo por generaciones y albergaron entre sus hendiduras los viles insectos que martirizaban a la pobrería hospitalera. Amaneció caído, de cabeza. Se había golpeado el cráneo martirizado, y acababa de encontrar el alivio definitivo para su padecimiento. No lo escucharíamos más, en la noche interminable y oscura. Por el rincón donde estaba ese hombre, la epidemia penetró en el hospital de caridad, y llegaba hipócrita, haciendo una obra misericordiosa, una cándida eutanasia. Por la tarde murió otro. Era un albañil caído de un andamio y que se había roto la columna vertebral. Estaba tendido de espaldas hacia más de una semana, y el cuerpo inmobilizado, corroído por las suciedades se

había llenado de llagas. Deliraba a todas horas, daba órdenes, pedía barro, insultaba a los oficiales, y hacía ademanes, como si manejara sus instrumentos de trabajo. Gritaba: ¡Maestro Abdón! ¡Barro! Trataba de incorporarse, pero volvía a caer, rendido por el dolor y por la inutilidad del esfuerzo. Los enfermeros lo sacudían con crueldad, eran insensibles para sus gritos, lo tiraban al suelo cuando iban a cambiarle las sábanas, y el obrero hablaba en su delirio de ladrillos mal colocados y de paredes desplomadas. Se quedó muerto esbozando un gesto de laboriosidad, con la mano extendida, como si untara pañete sobre un muro que sólo fuera visible a sus ojos. Y después siguió la epidemia. Visitó todas las camas. Recorrió los salones vetustos y hediondos a ácido fénico. Se trasladó a los lechos donde agonizaban las mujeres. No, no era muy limpio entonces el hospital, en la vieja casona de San Juan de Dios, y la gripa tuvo un ancho campo para prosperar. Tanto insecto como se prendían en los cuerpos enflaquecidos, tanta mosca como manchaba el ambiente, cuánta suciedad en estos largos camisones grises que se untaban de llaga y se ponían olorosos a cadaverina, eran vehículos perfectos para llevar la gripa por todos los recovecos del hospital. Los enfermos morían por decenas. Por las mañanas, durante algunos días, los enfermeros, unos pobres y brutos campesinos que pasaron directamente de las peonadas a los hospitales, sacudían a los que se quedaban quietos cuando entraba el sol. Casi todos eran cadáveres. Entonces arrastraban las camas, produciendo contra los ladrillos un rechinar que crispaba los nervios, las depositaban en los corredores, y las abandonaban allí hasta cuando llegara la hora de trasladarlos, desnudos, al cuarto de los muertos. Este aposento estaba situado en el piso bajo, se cerraba con candados y en los tiempos normales conservaba siempre algún cadáver, que esperaba a los deudos para que le dieran sepultura. Si al cabo de un plazo prudencial la familia no se había presentado, entonces entregaban los restos del desconocido a los estudiantes, que hendían los músculos, aserraban las tibias, perforaban el vientre y se divertían buscando los secretes de la vida, que no podrían describir jamás. Pero muy pronto los enfermeros empezaron a morir también

y no quedó quién sacara los muertos. Las hermanas de la Caridad —por dónde andaré aquella hermanita Dionisia, que bromeaba con el practicante Amaya, era pequeñita, viva y ágil como una ardilla y sonreía a todas horas— se recogieron en sus habitaciones particulares, lejos de los salones donde los enfermos gritaban, pedían algún alivio y escandalizaban durante las noches. Algunas de ellas se salvaron, lo mismo que varios enfermeros. No todo el mundo había de perecer. Había organismos fuertes, vigorosos, que resistían con victoria el impulso destructor del mal y sobrevivían, pálidos y temblorosos, porque habían estado en contacto con la muerte. Cuando los empleados del hospital empezaron a desaparecer, la cosa presentó graves dificultades, porque nadie sacaba los cadáveres, ni siquiera para desocupar las camas. Habían extendido en los corredores, en los pasillos, en los rincones, en los espacios que separaban las camas dentro de los largos salones, sacos llenos de tamo y de paja, y en ellos tiraban a quien trajeran de la calle, sin preguntar el nombre, sin hacer averiguaciones. La policía entraba con un agonizante, buscaba dónde podía arrojarlo, y se iba. Al principio, vinieron unos mozos de cordel, reclutados en el mercado, que se echaban a la espalda los muertos para llevarlos al cuarto bajo. Por las madrugadas, hombres desconocidos y haraposos sacaban por una puertecilla de la calle 12 su trágica mercancía, la echaban, amontonada, en carritos tirados por un caballo y la transportaban al cementerio, donde hacían hoyos para que se pudrieran en buena paz treinta o cuarenta cadáveres anónimos. Tapaban de cualquier manera aquellos huecos y escapaban a buscar alguna droga o a que los llevaran por la tarde al mismo hospital, para hacer luego el mismo viaje y tener idéntico fin. Pronto no hubo tampoco mozos de cordel. La gente parecía acabarse en la ciudad. En el hospital no sabíamos nada. Estuvimos enterados a medias de lo que acontecía por fuera una vez que llegaron dos mujerucas del pueblo y distribuyeron limones. No se había encontrado preventivo ni vacuna igual al aroma penetrante del ácido cítrico, pero una fruta de estas valía hasta cincuenta centavos. ¡Oh, aquel regalo de dos verduleras del mercado, fue una dádiva opulenta! Los sobrevivientes mantuvimos por varias horas, pegado a la nariz, un limón y aspiráramos con deleite el olor providencial. Y ese fue el único contacto que tuvimos con la calle, por entonces. Ni médicos ni enfermeras habían vuelto a asomarse por las salas. Los médicos andaban recorriendo las vías, lo supimos después, llamados simultáneamente de todas partes. Los enfermeros habían muerto o se estaban curando. Las hermanas de la Caridad se debatían en ambigua lucha contra la muerte. El cuarto bajo estaba atestado de cadáveres. Los últimos que se habían recogido, y que materialmente no cabían, veíanse tirados en el suelo, frente a la puerta, en el ángulo de dos viejos y anchos corredores. Aquella mañana, yo, Pascual Goya, presencié un espectáculo insólito. Me puse renqueando a pasear, por los escuálidos jardines, despacio, envuelto en mi sucio camisón gris, reponiéndome del asalto infructuoso que le hizo a mi cuerpo desmedrado la epidemia. Trataba de escapar un poco al ambiente de los salones, al cuadro macabro de cien cadáveres extendidos al lado de otros tantos agonizantes. Pero los jardines estaban también invadidos por sacos de paja, y en ellos parecían otras personas. Había un hombre renqueado por el alcohol en el que buscó valor para afrontar a la muerte, y otro que gritaba como un condenado porque le habían dado una cuchillada en el costado. Le pedí que me mostrara la herida, pero no tenía nada. Insultaba a los médicos y a los enfermeros, que no se apresuraban a poner fin a sus padecimientos. De pronto, mientras yo quería hacer de enfermero, la puerta que cerraba el cuarto de los cadáveres crujió siniestramente. Luego se abrió con violencia hacia afuera y un derrumbe de cosas descompuestas cayó sobre el corredor, sepultando a los que esperaban, allí, ojos vidriosos, lengua colgante, su hora de ser transportados al cementerio. Fue una rebelión de fantasía, una insubordinación de espectros, como si aquellos miembros hinchados pidieran su incorporación a la tierra, como una huelga espantosa, de cadáveres en marcha. Estaban reunidos los sexos, las edades, las categorías, desnudos todos, y al caer quedaron en las más grotescas posiciones. Un acre olor se esparció por el ambiente y asfixió todas las posibilidades de oxígeno cuando se movilizó, por la ley de la gravedad y por el crecimiento del contenido, aquella masa monstruosa.

En la ciudad

Esto pasaba en el hospital de San Juan de Dios, donde me hallaba recluso yo, Pascual Goya, con una larga herida sobre una pierna. Pero la ciudad entera habíase convertido en un vasto hospital. Una gran desolación flotaba sobre ella. Se había dispuesto que

en cada casa donde hubiera un enfermo fuera izada una bandera, y la urbe presentaba un aspecto inédito con sus trágicos trapos al aire sobre los edificios. Los médicos, envueltos en abrigos, con pañuelos atados sobre la nariz enrojecida, corrían por las calles procurando llevar consigo algún alivio. Los servicios públicos estaban suspendidos. No había quien condujera los tranvías, y los aurigas, que sufrirían resignadamente la derrota que les imponía el desarrollo del automóvil, caían desde sus pescantes sobre las ancas de los caballos pacientes y morían entre las ruedas de sus coches. Nadie se atrevía a salir a la calle, por el temor de regresar con el contagio para los suyos, o de no retornar jamás, pero el contagio llegaba, implacable, a todas las puertas. Los víveres no podían conseguirse, porque las tiendas estaban clausuradas. Los campesinos venían a vender sus productos y llevaban desde la ciudad hasta el agro el bacilo estúpido de la gripa. Algunos tampoco pudieron volver y se perdieron para siempre dentro del desorden tremendo de la ciudad. La policía, aquellos agentes que habían sobrevivido ya o los que aún no habían padecido la epidemia, andaban con camillas recogiendo enfermos para llevar al hospital, sin detenerse a averiguar nombres ni categorías. En el Parque de la Independencia había tres edificios, de pésimo gusto, que fueron afortunadamente demolidos, y que certificaban el énfasis que pusieron los buenos bogotanos en la celebración del centenario de la Independencia. En ellos instalaron hospitales de emergencia. Pero también allí los cadáveres se acumulaban, sin que nadie pudiera conducirlos a las fosas comunes. Gente distinguida se mezclaba con rufianes en la identidad del padecimiento, como después se reunirían también debajo de la tierra. Se constituyeron juntas de auxilios, que recogían cuanto pudiera ser útil en tamaña

angustia. Los comerciantes ofrecían cobertores, géneros para sabanas, almohadas. Otras personas entregaban víveres o medicinas. Pero todo era insuficiente, porque no siempre había quién llevara esos preciosos recursos al lugar de su destino. En los barrios pobres, que comenzaban a formarse sin higiene, sin control, y sin preocupación distinta al negocio de los terratenientes que habían resuelto urbanizar, la cosa se presentaba con mayor gravedad. Las gentes humildes morían por centenares. Familias enteras, de nombres oscuros, desaparecieron en su totalidad. Y esto solo se supo después de la gripa, cuando se trataron de hacer recuentos, y se encontraron casitas abandonadas, abiertas, olvidadas. El hambre se reunía a la enfermedad para hacer más implacable la crueldad de los acontecimientos. Las juntas de auxilio desarrollaban muy difícilmente su eficacia, por la suspensión del transporte, por los problemas de la integración de las mismas juntas. No se hicieron estadísticas, pero se dice que no hubo familia donde no faltara un ser querido cuando la normalidad trató de restablecerse. ¡Y cuán lentamente fue volviendo! ¡Cómo se despejaba, con cautela, la ciudad de su luto, lanzaba sobre los pavimentos sus transeúntes y regresaba a su inquietud habitual! Yo, Pascual Goya, fui de los sobrevivientes que escaparon del hospital. Acaso el único sobreviviente, porque cuando la sonrisa iluminada por la hermana Dionisia fulgió de nuevo sobre el salón, todos los lechos mercenarios estaban ocupados por gentes nuevas, de caras sufrientes, que venían a ostentar sus llagas. Solamente en la cama número 76 reposaba yo, Pascual Goya, con mi rostro de siempre, un poco pálido, pero conocido. Y la hermana me saludó con ansiedad, como si volviéramos a vernos, por fin, después de un viaje interminable y peligroso. ☺



A principios de los cincuenta, durante el pico de la Guerra Fría, Bertrand Russell hizo un llamado a la importancia de la libertad de pensamiento y expresión en la sociedad. En medio del creciente fanatismo actual, del grito por la unanimidad para “salvar vidas”, sus reflexiones son más que bienvenidas.

La mejor respuesta al fanatismo. El liberalismo

por BERTRAND RUSSELL • Ilustración de Puño

Traducción de Ezequiel de Uricoechea

Entre más observo a otros países, más me convengo de que los ingleses son un pueblo muy extraño. Sus virtudes son producto de sus vicios y sus vicios, de sus virtudes. Son tolerantes (más que otros países grandes, según pienso) porque consideran que las ideas no importan. En otros países las ideas son consideradas como importantes, por lo tanto, peligrosas; en Inglaterra son consideradas despreciables y, por lo tanto, no dignas de persecución.

Este no fue siempre el caso. En el siglo XVII, Inglaterra tenía una avalancha de ideologías que desembocaron en guerras civiles, ejecuciones y torturas; pero en 1688 el país decidió que era suficiente seriedad y que cualquiera que creyera cualquier cosa fervientemente no era un caballero. Esta decisión se hizo mucho más fácil por el hecho de que la mayoría de los fanáticos [cursiva del traductor] se habían ido a América [cuando Russell dice América y americanos se refiere a los Estados Unidos de América y a sus nacionales]. Desde entonces, los ingleses que tienen creencias han sido percibidos como payasos o bufones. No hay guerras civiles y a nadie se corta la cabeza. Esto es conveniente, pero algunas veces uno piensa que un poco de persecución sería una forma más sincera de elogio.

Actualmente presenciamos un decaimiento general del liberalismo, incluso en países en los que se ha presentado un incremento en la democracia. El liberalismo no es tanto un credo, sino más bien una actitud [disposición, n. del t.]. De hecho, se opone a los credos. Comenzó a finales del siglo XVII como una reacción a las guerras religiosas fútiles que, a pesar de que mataron a un inmenso número de personas, no cambiaron el balance de poder. Supongo que si América y Rusia se pelearan por 130 años sin que ninguno ganara ventaja sobre el otro, habría pocos que, para ese momento, pensarán que la lucha sirviera a algún propósito. Esto fue lo que pasó en la segunda mitad del siglo XVII.

El apóstol del liberalismo fue Locke, a quien le disgustan por igual los Roundheads [parlamentaristas, n. de t.] y Cavaliers [realistas, n. de t.] y que pensaba que lo importante era aprender a vivir en paz con el vecino, incluso si había asuntos en los que no se estuviera de acuerdo con él. Locke basaba esa actitud de *vive y deja vivir* [cursiva del t.] en la falibilidad de todas las opiniones humanas. Pensaba que no había nada indudable. Argumentaba que todo está abierto al cuestionamiento. Sostenía que solo existe la opinión probable y que la persona que piensa que no siente dudas es estúpida. Esta perspectiva, nos dicen ahora, es un gran inconveniente en la batalla y, por lo tanto, debe ser denigrada. Pero los ingleses, mientras mantuvieron esa actitud adquirieron su imperio, derrotaron a los franceses y españoles, y fueron derrotados solo por los estadounidenses, quienes tenían la misma actitud en un nivel aún más marcado.

Esos días felices han pasado. Hoy en día, aquel que tenga cualquier duda es despreciado; en muchos países es apresado y en América es percibido como no apto para prestar servicio público. De lo que usted debe estar seguro depende, por supuesto, de su longitud. Al este del Elba es la certeza absoluta de que el capitalismo tambalea; al oeste del Elba es la certeza absoluta de que el capitalismo es la salvación de la humanidad. El buen ciudadano no es aquel que procura

ser guiado por la evidencia, sino aquel que nunca se resiste a la *inspiración longitudinal* [cursiva del t.].

América, que se imagina a sí misma como la tierra de la empresa libre, no permite empresa libre en el negocio de las ideas. En América, casi tanto como en Rusia, usted debe pensar lo que su vecino piensa; o mejor, lo que su vecino piensa que debe pensar. La empresa libre está confinada a la esfera material. Esto es a lo que los americanos se refieren cuando dicen que se oponen al materialismo.

Aquellos para quienes el uso libre de su inteligencia ha hecho difícil la sumisión intelectual se encuentran, dondequiera que el gobierno sea perseguidor, tendientes a la oposición a la autoridad. Pero la actitud liberal no dice que usted debe oponerse a la autoridad. Dice solo que usted debe ser libre de oponerse a la autoridad, lo que es algo completamente diferente. La esencia de la perspectiva liberal en el ámbito intelectual es la creencia en que la discusión sin sesgos es útil y que las personas deben ser libres de cuestionar cualquier cosa si pueden sostener sus cuestionamientos en argumentos sólidos. La perspectiva opuesta, sostenida por aquellos que no pueden ser llamados liberales, es la de que la verdad ya se sabe y preguntar es necesariamente subversivo.

El propósito de la actividad mental, de acuerdo con estas personas, no es descubrir la verdad sino fortalecer la creencia en aquellas verdades que ya se saben. En una palabra, su propósito en esta perspectiva es edificación, no sabiduría.

La objeción liberal a esta perspectiva es que a través de la historia las opiniones expresadas han sido, tal y como lo admite todo el mundo ahora, falsas y perjudiciales y es poco probable que el mundo haya cambiado completamente en este respecto. No es necesario para la perspectiva liberal sostener que la discusión siempre conducirá a la prevalencia de una opinión mejor. Lo necesario es sostener que la ausencia de discusión usualmente conducirá a la prevalencia de la peor opinión. Para esto, pienso yo, hay abundante evidencia en el pasado. Actualmente, la persecución de la opinión es practicada en todo el mundo excepto en Europa occidental. La consecuencia es que el mundo está dividido en dos mitades que no pueden entenderse entre ellas y encuentran solo la posibilidad de relaciones hostiles.

Existe, por supuesto, el caso de la edificación como opuesta a la verdad. La edificación, es decir, la imposición por medio de argumentos engañosos de que las opiniones sostenidas por la policía tienden a preservar estable a la sociedad. Milita contra la anarquía y busca la seguridad a los ingresos de los más ricos. Cuando triunfa, previene la revolución y asegura que reyes y presidentes sean bienvenidos, cuando deciden mostrarse ante sus súbditos, por multitudes vitoreantes. Sostiene que cuando, por otro lado, se permite que la razón pura se entrometa en la especulación política, el resultado puede desatar tal desbordamiento de pasión anárquica que todo gobierno ordenado se hace imposible. Es este miedo el que inspira a conservadores y autoritarios. Nadie puede negar que los filósofos de Francia del siglo XVIII prepararon el camino para la guillotina. Nadie puede negar que los filósofos de Rusia del siglo XIX socavaron la reverencia tradicional al zar. Nadie puede negar que, bajo la influencia occidental, los filósofos chinos debilitaron la autoridad de Confucio.

No trataré de defender que pensar nunca ha traído efectos negativos, pero donde ha tenido esos efectos ha sido porque sus lecciones han sido aprendidas a medias. El profesor que insta a las doctrinas subversivas contra la autoridad existente no debe, si es liberal, abogar por el establecimiento de una autoridad aún más tiránica que la anterior. Debe abogar por el establecimiento de ciertos límites para el ejercicio de la autoridad y espera que estos límites sean observados, no solo cuando la autoridad promueva un credo con el que él no está de acuerdo, sino también cuando promueve uno con el que está completamente de acuerdo. Yo soy, por mi parte, un creyente en la democracia, pero no me gusta ningún régimen que haga obligatoria la creencia en la democracia.

Existen varios argumentos en favor de la libertad de discusión. Está, en primer lugar, el argumento que tiende a promover creencias verdaderas y que estas, como regla, son más útiles socialmente que las falsas. En segundo lugar, está el argumento que sugiere que cuando la libertad de discusión se contiene es contenida por quienes ostentan el poder y, con casi total certeza, con sus intereses como objetivo. El resultado es, casi inevitablemente, para promover injusticia y opresión. Por último, está el argumento de que la injusticia y la opresión soportadas por una casta dominante llevan tarde o temprano a una revolución violenta y una revolución violenta es propicia para iniciar ya sea anarquía o tiranía peores que la que destronaron.

Ha habido épocas y naciones en las que una ortodoxia urbana ha triunfado, sin aparente persecución, en establecer una casi totalmente incuestionada autoridad intelectual. El ejemplo más importante de esta situación sería China tradicional. Toda la sabiduría estaba contenida en los libros de Confucio. Se requería una cantidad considerable de educación para entender estos libros. Los hombres que tenían esta educación controlaban el gobierno y el resultado fue un sistema que era civilizado, en un sentido ilustrado, y bastante estable por cerca de dos mil años.

Sin embargo, no había nada en los libros de Confucio acerca de buques de guerra, artillería o explosivos y, por lo tanto, tan pronto como China entró en contacto con Occidente, toda la síntesis confuciana fue vista como inadecuada. Un destino similar le sucederá a cualquier cultura estática, por excelente que sea en sí misma. Hace unos cincuenta años [1900 n. del t.] (el asunto es bien diferente ahora) había una minuciosa síntesis china que era inculcada por aquellos que hacían “Grandes Obras” en Oxford. Uno aprendía las filosofías de Platón y Aristóteles y Kant y Hegel. Las otras filosofías eran ignoradas por ser “crudas”.

El resultado tenía un considerable mérito estético, pero resultaba no estar adaptado al mundo moderno. Hay aquellos en América que esperan difundir una atmósfera culta en las universidades americanas mediante la selección de cien grandes libros y el confinamiento de la educación a estas obras. Esto, de nuevo, es un ideal estático. Los mejores libros del pasado, en cualquier caso en lo que respecta a la ciencia, contienen menos conocimiento útil que libros de texto muy inferiores del tiempo presente. Aquellos que solo han leído los mejores cien libros serán muy ignorantes de muchas cosas que deberían saber. Además, intereses particulares

rápido se acumularán sobre los mejores cien libros. Los profesores sabrán cómo disertar acerca de ellos, pero no sobre libros por fuera de los cien sagrados. Por lo tanto, utilizarán toda su autoridad intelectual para prevenir el reconocimiento de mérito novedoso. Y pasará, como pasó en la Inglaterra del siglo XIX, en donde casi todo el mérito intelectual se encontraba por fuera de las universidades.

Aquellos que se oponen a la libertad, ya sea en la esfera política o intelectual, son hombres dominados por la aprehensión a las consecuencias que pueden resultar del desenfreno de la pasión humana. No negaré que esos peligros existen. Pero pediré a los timoratos que recuerden que la seguridad es imposible de alcanzar y es un objetivo inabordable. Los riesgos deben correrse y aquellos que se niegan a correr riesgos incurren en la certeza de un desastre mucho mayor tarde o temprano.

Está muy bien parar las pasiones humanas, pero no se puede frenar las pasiones de aquellos quienes se encargan de hacer el frenado. En la imaginación, por supuesto, usted se ve a sí mismo en esta posición y se reconoce como una persona de virtud ejemplar. Esto, querido lector, no lo disputaré. Pero usted no es inmortal. Otros lo sucederán en la oficina de censura y puede que

ellos sean menos humanos e ilustrados que usted. Puede que ellos construyan diques cada vez más altos en contra de la marea de nuevas ideas, pero por más ferviente que sea la construcción, sus diques eventualmente serán inadecuados y entre más alto hayan construido, más terrible será la inundación cuando las aguas sobrepasen las barreras. No es por estos métodos que la violencia subversiva debe prevenirse. Los peligros que asustan a los autoritarios son reales, pero ningún método de combatirlos es tan efectivo como la libertad.

Tal vez la esencia de la mirada liberal pueda ser resumida en un nuevo decálogo, no con la intención de reemplazar al antiguo, sino solo de complementarlo. Los diez mandamientos que como profesor me gustaría mandar, pueden ser enunciados de la siguiente forma:

1. No se sienta absolutamente seguro de nada.
2. No crea que vale la pena producir creencia ocultando evidencia, porque la evidencia seguramente saldrá a la luz.
3. No trate de desalentar el pensamiento, porque seguramente tendrá éxito.
4. Cuando encuentre oposición, así venga de su esposo o hijos, esfuércese por superarla con argumentos y no con autoridad,

porque cualquier victoria que dependa de la autoridad es irreal e ilusoria.

5. No tenga respeto por la autoridad de otros, porque siempre habrá autoridades contrarias que hallar.
6. Nunca use el poder para suprimir opiniones que le parezcan perniciosas, porque si lo hace las opiniones lo suprimirán a usted.
7. No tema ser excéntrico en su opinión, porque toda opinión que es aceptada ahora fue excéntrica en algún momento.
8. Encuentre más placer en la disidencia inteligente que en el acuerdo pasivo, porque si usted valora la inteligencia como debería, la primera implica un acuerdo más profundo que la segunda.
9. Sea escrupulosamente veraz, incluso cuando la verdad es inconveniente, porque es más inconveniente cuando trata de ocultarla.
10. No tenga envidia de quienes viven en un paraíso de los tontos, porque solo un tonto pensaría que eso es felicidad. ☺

*Publicado el 16 de diciembre de 1951 en *The New York Times*.



La balada de Sherezada y el hombre araña

por GLORIA SUSANA ESQUIVEL

Ilustraciones de Fragmentaria



1. Me contaste la historia de un hombre que debía pasar este tiempo junto a tres niños ajenos. Mientras la contabas, en tono de fábula, acercabas y alejabas tu rostro de la cámara hasta que esta quedó apuntando al techo. Escuché cómo nombrabas las quejas de ese hombre, que tenía que esconderse para poder hablar contigo. Era una historia triste, desesperada, pero nosotros reíamos como locos con cada desgracia que caía sobre esa casa. A medida que aumentaban las carcajadas, imaginaba la angustia de ese hombre. Era el prisionero de una familia malcriada y ahora estaba a la merced de tres tiranos que le pedían manjares de afuera. Imaginamos juntos la cadena de eventos que llevaron al hombre a pasar el encierro con esos tres reyezuelos, y enumeramos todos los bienes revestidos en oro que se encontraban dentro de su palacio. En medio de la historia, yo también volqué mi cámara hacia el techo. Quise que viéramos lo mismo.

Fuiste Sherezada y yo el sultán que buscaba la muerte los dientes.

2. Un amigo me pregunta si alguna vez tú y yo "hemos ido a cine". No entiendo muy bien a qué se refiere, pero antes de que pueda interrumpirlo, él me explica que ahora "ir a cine" significa escoger una película, ponerle play al tiempo y verla juntos durante una videollamada. Mi amigo está un poco ansioso porque el hombre que le gusta lo invitó a "ir a cine" y él no solo aceptó, sino que le propuso que vieran una película chilena sobre una bailarina. Corrijo a mi amigo. La película no es sobre una bailarina. Es sobre

la maternidad, la perversión, los cuerpos y un chanchito estéril. Mi amigo confiesa que ya lo sabe, que comenzó a ver la primera parte de la película antes de la cita, pues no pudo contenerse y que mientras la miraba, mientras escuchaba esos diálogos sobre la amargura y el tedio, solo podía pensar en las pocas excusas que le quedaban para cancelar el encuentro.

O al menos para cambiar de película.

3. Escuché la historia de una pareja a la que le regalaban un perro antes de que comenzara la cuarentena. No escuché los detalles de las peleas ni la razón por la que terminaron, pero la historia iba a que al cabo de diez días de encierro, la mujer sacó al hombre y se quedó con el cachorro.

A veces siento celos locos de mi gato.

Lo imagino durmiendo contigo, ocupando mi lado de la cama, y pienso que ahora es él quien te escucha cantar tonadas inventadas sobre el desayuno, o quien está cerca cuando estás practicando piano.

A veces siento celos locos de ti.

Te imagino rascando su panza expuesta y cargándolo hacia el cielo, como ofreciéndolo en sacrificio a un dios retorcido que lo pide a cambio de la cura.

Sueño mucho con mi gato y sueño mucho contigo. Casi siempre en la mitad de esos sueños tengo que interrumpir lo que estamos haciendo para irme a lavar las manos.

4. Tengo una amiga que se lamenta por estar soltera. No consigue pasar del primer saludo en las

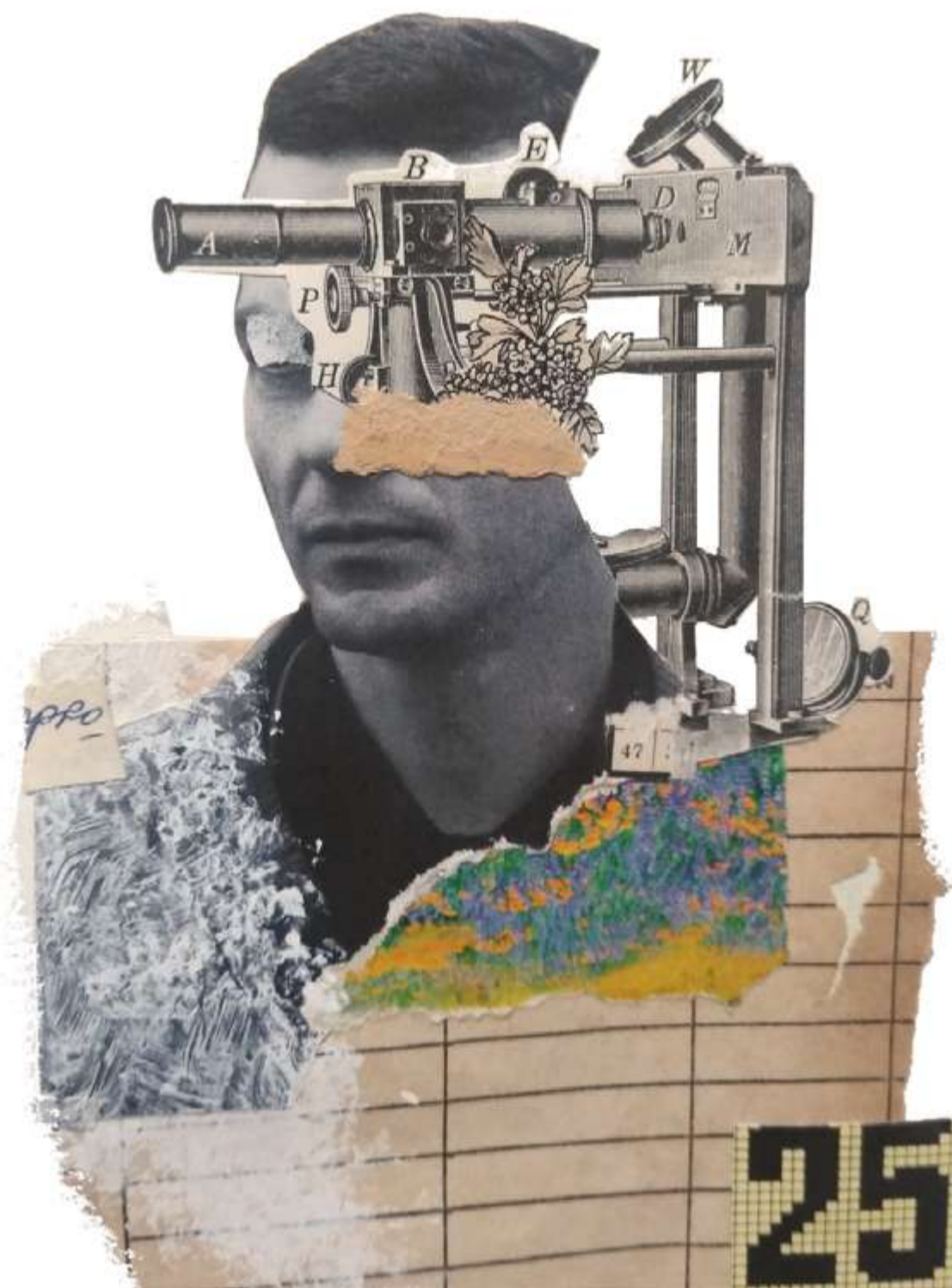
conversaciones por Tinder y no se siente atraída por nadie a través de las pantallas. La otra vez me confesó que había comenzado a hablar con un hombre solamente porque se llamaba Lenin, pero se desencantó rápidamente. Le pregunto si sería capaz de romper la cuarentena para irse a dormir con un extraño y me dice que no le interesa conseguir un romance ahora, sino que quiere un novio para el posmundo. Mi amiga decidió pasar el encierro sola, cuidando de dos gatas. A veces les pregunto si les parece correcto que ella gaste un porcentaje de la plata de una beca que está esperando en juguetes sexuales. Otras veces les pregunto si creen que su cuerpo, que estos meses ha desordenado y confundido su ciclo menstrual, se estará aburriendo de ser mujer.

Una madrugada despertó a las gatas después de una pesadilla. Pasó el insomnio contándoles que había soñado con una tortuga inmensa que cargaba el corazón del diablo.

5. Antes de que declararan el confinamiento, tú y yo pasamos cinco días juntos. Vimos entera una serie sobre vampiros franceses y vimos una película de terror sobre un monstruo anfibio. Me contaste historias sobre tu trabajo e intentaste explicarme cómo se lee una partitura. Yo te hablé sobre mis plantas, te leí el horóscopo y te narré mis momentos favoritos de la Revolución rusa.

Al tercer día de estar encerrados, me cubrió el desamparo.

Vimos las noticias en silencio. Cocinamos en silencio. Nos acostamos en silencio y luego estallamos y nos peleamos a los gritos.




Me llamaste por mi nombre completo y yo te pedí que me dejaras tranquila. Me rompí como se rompe todo lo que es frágil, y me esparcí como un hilo de baba densa. Sentí pudor de que me vieras entrando ahí, en ese lugar con filo que es mi mente, y tú solo te me quedaste viendo en silencio. Me abrazaste en silencio. Me arrojaste en silencio y dormimos entrepierdados a pesar de que nuestras extremidades se entumecieron. El día antes de salir, me hablaste sobre tus hermanos y sobre tu viaje a China. Yo inventé palabras en francés y te hablé sobre el invierno y sobre esa vez que se me acabó el apetito. Vimos una película en la que Superman era un tirano y nos acomodamos y desacomodamos muchas veces en un sofá angosto. Fuiste tú el que dijiste que no creías que era buena idea que me quedara sola y yo te pedí disculpas por haberme regado como aceite sobre un vestido caro. Me dijiste que entendías. Luego intentamos ver una serie en la que Sigmund Freud se parecía más a un cazador de vampiros que a un psicoanalista, y nos reímos imaginando cómo se vería el mundo afuera.

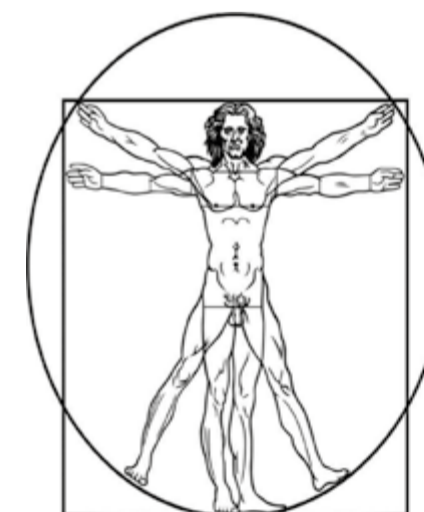
6. Una de mis amigas se enteró de que estaba embarazada semanas antes de que decretaran la cuarentena. Aunque jamás le interesaron los ritos de paso que supuestamente coronan a las madres primerizas, a veces se lamenta de no poder lucir su ropa de embarazada en público. Otras veces siente alivio porque, debido al encierro, ningún extraño va a tocarle la panza. Un día me compartió la ecografía del bebé que nacerá en septiembre, y que deseamos fervorosamente que sea más Libra que Virgo. Me contó que en la sala de espera del centro médico había muy poca gente, pues habían destinado ese lugar únicamente a consultas ginecológicas. Le pregunté cómo estaba todo afuera. Después de un rato, ella respondió: "El mundo se ve normal, pero más vacío".

7. A veces interrumpo tu trabajo para contarte que escribí algo inspirado en ti. Me pides que te lo muestre y, después de leerlo, te mueres de la risa porque no entiendes cómo mis historias de huéspedes y malentendidos pueden tener algo que ver contigo. Te digo que, en el fondo, esas historias se parecen tanto como una anémona se parece a la casa de mis padres, o como un pozo se parece a un espejo. Insisto en que una planta se parece a un animal moribundo y en que una manzana se parece a tus nalgas. Cuando nos encontramos, tú y yo parecemos un incendio. Cuando nos despedimos, sin quitarnos los tapabocas, parecemos lo más gris. Cuando te mando mis fotos desnuda dices que parezco haciendo arte y cuando me mandas las tuyas veo en los ojos un gesto de deseo que te hace parecer un lince.

Cuando salgo a cazar cuentos, busco que me concedas un día más en medio de toda esta ausencia. Porque cuando estamos juntos, cuando conversamos, cuando nos vemos en pantalla, cuando nos mandamos trinos, cuando intercambiamos memes, cuando hablamos por teléfono, cuando nos acostamos parecemos una maraña. Parecemos la barriga de un pulpo. Parecemos el palpitir tranquilo de un cerdo. Parecemos la aleta más brillante de un pez.

Te digo que soy Sherezada y tú respondes:

Soy el hombre araña que busca lamerte los dientes. 



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguadelo@hotmail.com

COMO ARRENDATARIO,
-SI SIGO PERCIBIENDO RECURSOS-
HONRO MIS OBLIGACIONES Y
PAGO MI ARRENDAMIENTO
SOY SOLIDARIO
TOD@S PARA TOD@S



MAVU 02

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz
© actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

La letra con sangre entra

por ELKIN OBREGÓN S. • Ilustración del autor



Al comienzos de este siglo, la Editora Companhia das Letras, en asocio con su colega Norma, de Colombia, invitó a varios autores latinoamericanos a escribir, cada uno, un novela de misterio (para una colección llamada *Literatura o muerte*), cuyo personaje protagonista debía ser un escritor real. El cubano Padura urdió una historia con Hemingway, Germán Espinosa un asunto más o menos esotérico (me dicen) a cuenta de Rubén Darío, Julio Paredes, no sin astucia, eligió a Georges Simenon. Dos relatos estuvieron a cargo de Moreno Durán y Alberto Manguel (Camus y Stevenson, en su orden), y cerró la lista el recién fallecido Rubem Fonseca; salió este por única vez de sus predios, e instaló su pluma en el París del siglo XVII, para contarnos (son palabras del narrador) “el misterio de la muerte de Molière”.

En *El enfermo Molière*, Fonseca despliega un telón de gente innoble y mezquina, digno de sus páginas más celebradas (*El gran arte*, por ejemplo, o *Agosto*, tantas más). Casi siente el lector la fruición con que el novelista se regodea en ese tinglado de bajezas. El único justo dentro de esa olla podrida es el dramaturgo, espectador insobornable, quien, gracias al más alto humor, eterniza con sus muñecos la miseria humana. En la jungla que traza Fonseca (cómicos, falsos amigos, cortesanos, nobles, médicos y leguleyos, policías y clérigos, e incluso un arzobispo), apenas sale a flote el narrador del libro, personaje ficticio, un marqués cuyo nombre nunca se dice, y quien va develando, pues de un asesinato hablamos, los muchos sospechosos y motivos que la historia exige.

Con su habitual humor negro, y fiel a la estética del género, el autor nos revela al final un culpable inesperado: René La Forest, cocinera de Molière, la misma a quien, según se afirma, solía leer el dramaturgo sus comedias inéditas, dando a sus veredictos el valor de una sentencia inapelable. Con este desenlace, se diría, R. F. da una vuelta de tuerca a su fábula, se ríe del lector, y también de sí mismo: ya casi al final del libro, el

marqués-narrador se duele: “Quien había envenenado a Molière había sido La Forest, su criada. No logré disimular mi disgusto. El que la asesina fuera una cocinera destruía la pasión, la grandeza, incluso el horror que aquel crimen debía contener. Un hombre como Molière merecía tener como asesino al propio rey”.

Aunque nació en Juiz de Fora (Minas Gerais), Rubem Fonseca vivió desde muy niño en Rio de Janeiro, y es, en vida y obra, carioca hasta la médula. Su título de abogado lo llevó a ejercer varios años como tal en comisarías de la ciudad. Dicha circunstancia constituye como escritor su educación sentimental, de ella parten en buena medida sus temas y el tono de sus historias.

Su primer libro, *El caso Morel*, tuvo el espaldarazo de ser recogido por las autoridades. De allí en adelante, todo fueron éxitos. Un relato de esos años, *El cobrador*, y *El gran arte*, su segunda novela, dejaron claro entre los lectores que la violencia, con su amplio abanico de ferocidades, había llegado para quedarse (a veces su exceso se vuelve gratuito, cae en el simple gusto de epatar, y ese atajo de horrores desvaloriza muchas de sus páginas; por fortuna, el autor recobra a tiempo el sentido, y las sangres vuelven a su curso).

En fin, Fonseca estaba ahí, con su arrume de corrupciones, crímenes y venganzas, y homicidas y faunas de diversos pelajes. Ahí estaba, además, exhibiendo, como sin querer, un admirable talento de escritor, no siempre celebrado como se merece. Aunque a veces sí: “Una prosa transparente, dotada de impresionantes recursos de lenguaje”, dice el crítico Fabio Lucas. Y Thomas Pynchon: “Su escritura hace milagros (...) Cada libro suyo es un viaje que vale la pena”.

P. D.

Aunque su célebre personaje Mandrake (abogado, *bon vivant*, casanova, catador de misterios, discreto ajedrecista) no es para nada el alter ego de Fonseca, comparte con este el amor incondicional por el entorno que

habita. En una de sus historias, Mandrake, tras experimentar una honda crisis existencial, toma la decisión de irse a vivir al campo, para ponerse a salvo de los miasmas que lo envenenan. Su decisión dura tres días, al cabo de los cuales vuelve otra vez al torbellino carioca, su único y verdadero mundo.

P. D. 2

R. F. puso su sello en varias generaciones de escritores, y no solo del Brasil. La última novela de la santandereana Silvia Galvis, valga el ejemplo, rinde un claro homenaje, además explícito, al *Agosto* de Fonseca. Silvia, hay que decirlo, no pierde por ello su voz propia: la voz de una gran escritora.

P. D. 3

Vista, es un decir, a vuelo de dron, la narrativa de Rubem Fonseca, atiborrada de personajes (vagos, chulos, busconas, funcionarios, magnates, políticos, modelos, faranduleros, chicos de playa, ladrones, estafadores, policías, soplones), recuerda de algún modo una interminable y abigarrada *escuela de samba*, una vasta picaresca carioca que no omite lugares, costumbres ni clases sociales (para quien esto escribe, el mejor tesoro del autor está en sus cuentos, y debe refrenar la tentación de mencionar sus favoritos). Por otra parte, en uno de sus relatos alguien dice: “El mejor ficcionista no pasa de ser un buen ventrílocuo”.

En fin. Dicho en brasilero, *da para pensar*. ☺



Caído del zarzo



Durante tres días, cada hora, fue común escuchar la señal en voz alta que se percibía desde cualquier lugar de la Casa de la Literatura San Germán: “Vamos en cinco, cuatro, tres, dos, uno...”. Ese conteo regresivo indicaba que había que hacer silencio, evitar gritar, correr o distraer a quienes estaban en alguno de los sets en plena grabación; también evitar la desconcentración del intérprete de lengua de señas en turno que hacía posible, desde una cabina contigua adaptada con un fondo blanco y una cámara, alguna de las actividades para personas con discapacidad auditiva.

Del 15 al 17 de mayo, más que un lugar acondicionado para muchos libros, el estudio, el silencio o la concentración, la Casa de la Literatura se convirtió en algo así como un canal de televisión con muchos equipos, luces y cámaras.

La 14.ª Feria Popular Días del Libro esta vez se trasladó a las pantallas de cada uno de los hogares, abandonó el barrio Carlos E. Restrepo donde tradicionalmente se ha realizado y lo representó con un mapa interactivo que les permitió a los ciudadanos encontrarse alrededor de las letras y las diásporas haciendo uso de las herramientas digitales.

Un total de 191.926 internautas tuvieron contacto con este evento no solo a través del mapa, sino también por medio de redes sociales como Facebook, Instagram, Twitter y YouTube. Mientras los espectadores estaban solo a unos cuantos clics de unirse a

cada una de las 28 actividades programadas, un amplio equipo humano y técnico trabajaba arduamente para hacer muchas de ellas posibles desde la Casa de la Literatura. Ningún detalle se escapaba; desde probar los equipos previo a cualquier transmisión hasta el aplauso y la felicitación que viene y va luego de escuchar el “corte” por parte del director.

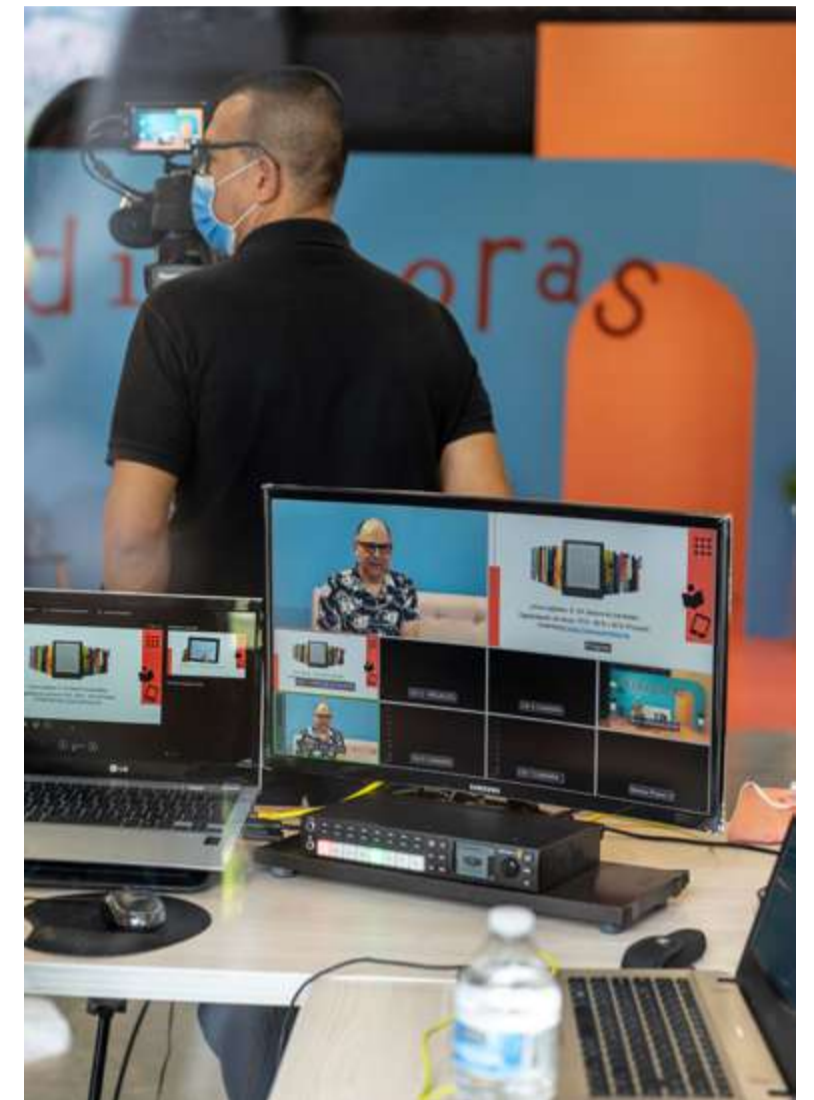
Uno de los grandes retos que supone la virtualidad es la inclusión y esta edición de Días del Libro fue la mejor oportunidad para demostrarlo. Enmarcado en la campaña #SalvaUnaLibrería, que reconoce la importancia del sector librero y editorial de Medellín, el Carlos E. virtual también tuvo un espacio para ellos. Allí se hicieron presentes 116 expositores que reportaron un total de 1.584 libros vendidos en línea durante los tres días, representados en casi 63 millones de pesos y con un promedio de venta de casi 53 ejemplares por hora.

Esta ha sido la primera experiencia cultural de ciudad que se ha trasladado a la virtualidad y deja un resultado más que positivo. El compromiso será mucho mayor pensando en eventos como la Parada Juvenil del Libro, entre el 11 y 12 de julio, y la Fiesta del Libro y la Cultura en el mes de septiembre. La virtualidad, las herramientas digitales y la recursividad que convierte bibliotecas en estudios de televisión serán los medios para seguir llevando #CulturaEnCasa y para que en Medellín todos los días sean #DíasDelLibro.

EVENTOS
DEL LIBRO / 2020



14.ª Feria Popular
Días del Libro
y la Cultura





Los días de silencio

por ALBERTO SÁENZ • Fotografías del autor

Si hubiese que elegir un verso en la poesía venezolana que lograra describir el momento que estamos viviendo actualmente en Caracas, sería uno del poeta Igor Barreto que reza: “La maldita circunstancia / del presente por todas partes”. Un verso que expone la figura del presente como una cruel constante en nuestras vidas, que no deja de sitiarnos ni en los peores momentos.

Si bien este es un homenaje al poeta cubano Virgilio Piñera y a su poema *La isla en peso* (La maldita circunstancia / del agua por todas partes), ambos versos mantienen la fuerza y la esencia de lo que busco señalar con su cita: la sensación de agobio y desasosiego, que tanto Barreto como Piñera proponen, y que se ha arraigado en mí (y probablemente en todo el planeta) gracias a la propagación del covid-19. Es curioso poder hablar de “todo el planeta” con tanta seguridad.

Esta pandemia ha llevado muerte, pánico, claustro y, en algunos casos, locura, a cada una de las ciudades donde se ha instalado. Miles de ellas han visto no solo cómo sus habitantes fallecen sin la consciencia real de qué fue lo que los golpeó, sino que quienes la sobreviven ven cómo sus rutinas de vida dan un golpe de timón que ni el mejor de los navegantes hubiese visto venir.

Para los que estamos acostumbrados, para bien o para mal, a la vida en

la ciudad y sus injurias respectivas, el confinamiento también ha traído otra “maldita circunstancia” que comienza a rodearnos lentamente, aturdiendo los sentidos, quebrando el estado de ánimo e invadiendo cada rincón de la casa como si de otra pandemia se tratara: el silencio.

Caracas, como cualquier otra capital del mundo, mantiene un ritmo de vida trepidante, marcado por el ruido; motores de carros, cornetas de autobuses, personas gritando una oferta o saludándose en medio de la calle al encontrarse a ese amigo que tenían tiempo sin ver, los pasos apurados de ese trabajador que va tarde porque el metro tiene retraso, la puerta que se cierra de golpe o el vaso que se rompe al caer. Una suerte de banda sonora que se repite en *loop* diariamente. Ruido tras ruido tras ruido. Puede que llegue a pensarse que mientras más estridente es la jornada en Caracas, más productiva llega a ser.

Caracas, la confinada

El silencio es un instante que se revela en el momento menos esperado, una epifanía en la que nos damos cuenta de que algo nos falta. Lo noté en la primera semana de mi confinamiento (comenzó para mí el 13 de marzo) al asomarme al balcón de la casa y constatar la ausencia total de carros que normalmente van a toda velocidad por la calle; los peatones

de turno, solos o con sus mascotas, también faltaban a la cita. Era el preludio de los días que vendrían, la tensa calma que, como si de un espejismo se tratara, duró poco al verme en la necesidad de salir para hacer la compra.

Crucé la ciudad hasta llegar a La Candelaria, una zona del centro de la ciudad, neurálgica y caótica donde se encuentran comercios, oficinas y edificios gubernamentales. Un lugar en el que el ruido es parte del paisaje. Ahí constaté que había gente que seguía en la calle, un poco desorientados, con tapabocas a medio poner y una incertidumbre en la mirada que no lograban traducir en acciones o palabras. Iban (como yo) de comercio en comercio buscando los productos más económicos, tratando tercamente de vivir con naturalidad, aunque dudaran cómo debía hacerse eso en esos momentos. Era la misma ciudad y las mismas calles, sin embargo, quienes caminaban ahora no hablaban con la misma fuerza con la que podrían haberlo hecho habitualmente; podría decirse que susurraban como quien no quiere ser descubierto, o por temor a despertar al virus y que este los encontrara donde no debían.

Los buhoneros (vendedores ambulantes) llevaban cierto protagonismo en las ventas de toda la zona. Por supuesto, el tapaboca era el producto que marcaba tendencia y era vendido en plena calle (sin ningún tipo de medida

sanitaria) por un dólar. “A todos se les echó alcohol”, le escuché justificar al improvisado vendedor ante la pregunta de una posible compradora.

En la fila para entrar a uno de los lugares para comprar jamón, queso y huevos se me acercó alguien a saludarme, me llamó por mi nombre con seguridad y al ver sus rasgos y su gorra característica, reconocí en quien me abordaba a J., poeta y narrador. Nos reconocimos sin necesidad de rostros. Ambos con tapabocas, nos miramos con incredulidad, como si buscáramos en el otro alguna explicación lógica para tal indumentaria. “Una locura todo esto, ¿no?”, me dijo. Guardé silencio y asentí con la cabeza. Conversamos un rato sobre dónde encontrar mejores precios y me despedí poniéndole el codo con gracia e ironía. Ambos nos reímos y yo seguí mi camino.

Pero esta es una ciudad donde, si hay un problema, puede haber dos, y hasta tres, que se sumen a la fiesta. Y esta vez no iba a ser la excepción.

A diferencia de otros países, el *delivery* es un fenómeno que, salvo contados casos de franquicias de comida, no estaba instalado en el imaginario caraqueño. Para tener algo, había que salir a buscarlo. Con el confinamiento, este modelo se convirtió en una fuente de trabajo para muchas personas que habían perdido sus empleos.

Fue llegar al *delivery* y con él los problemas de escasez de gasolina en

todo el país; largas colas que pueden durar hasta dos días para cargar y un mercado negro de venta de combustible son los nuevos obstáculos que encuentran todas las personas que deben moverse medianamente por la ciudad.

Pareciera, entonces, que somos fieles herederos de una tradición kafkiana más vigente que nunca.

La casa

“Existe un alfabeto del silencio / pero no nos enseñaron a deletrearlo”, dice un poema de Roberto Juarroz. *El silencio que queda entre dos palabras...* En casa siempre evocamos su presencia como un preciado tesoro que se nos resiste, y nunca hemos aprendido cómo hacer uso de ese alfabeto para entender con sus propias palabras lo que nos quiere decir. A veces percibimos alguna que otra pero nos toma distraídos, sin saber muy bien qué hacer con esa ofrenda. Porque la vida en silencio no es igual a la vida en calma, en el silencio se mantienen agitadas las tormentas que llevamos dentro.

Entre las noticias diarias en las que esperamos que el número de infectados por el virus disminuya, las tareas del hogar, los constantes subidones y bajones de energía por las fallas eléctricas en el país, la ansiedad que genera mantener el ánimo arriba y el hacernos la vista gorda, trascurren los días de silencio.

Pareciera haber tiempo para todo: he hablado con amigos a los que debía una llamada desde hace mucho tiempo, he logrado adelantar lecturas que tenía pendientes y muchas otras dejarlas abandonadas convencido de que no volveré a ellas. He cocinado, he trabajado, he discutido y me he reconciliado. Todo en un día, todo de forma simultánea. ¿A dónde se ha ido el ruido que ayuda a concentrarse?

Parece haber tiempo para todo menos para dormir.

Concebir el sueño frente a la incertidumbre y la noche, erosiona los cimientos y la entereza hasta del más fuerte. La noche sucede entre canales de televisión con programación mediocre, libros mal leídos que al día siguiente hay que volver a empezar, el hambre, el dolor en el cuerpo, las conversaciones breves, la espera. Es la quietud la que nos engulle, tiempo detenido que sobrepasa y desespera.

¿Es posible encontrar en ese espacio el silencio absoluto?

He comenzado a escuchar en su lugar el trino de los pájaros que hacen vida en los árboles alrededor de la casa. Comienzan a las tres a. m. los más pequeños y agudos en sus notas. A eso de las cuatro y media a. m. llegan las guacharacas con su canto ronco y desgarrado y anuncian que el día volvió, que hay que seguir, así no se haya dormido.

Llevo 59 días de confinamiento y esta mañana, luego de un desvelo más, he comenzado a escuchar unos cuantos carros que pasan con velocidad moderada frente a mi casa. Sus conductores iban protegidos con la indumentaria reglamentaria y parecían convencidos de que el riesgo que corrían era mínimo, a pesar de que las medidas de excepción impuestas por el gobierno se han extendido sesenta días más. Da la impresión de que la gente empieza a levantar, poco a poco, los decibeles que les devuelven la confianza y su rutina a pesar de lo obvio. Pienso al verlos que ni siquiera la pandemia más letal del planeta podrá con la arrogancia del hombre. Es el presagio de lo inminente. Ruido tras ruido tras ruido.

Y vuelven a mi mente los versos de Barreto, unos que remontan el final de un poema maravilloso que parece hablar de nosotros: “Y en lugar del orden / y apremio por surgir / hemos encontrado el caos”. ©



Marejada feliz

por LUIS MIGUEL RIVAS • Ilustraciones de Camila López

De no haber sido por la jornada agotadora que tuvo ese día, solía decir Lucas, nada hubiera ocurrido entre ellos. La mañana se le había ido en pesadas reuniones con el jefe y los compañeros de trabajo; la tarde, en una clase malograda por problemas de señal, discusiones a través del chat con un empleado bancario, y tentativas de concluir un diseño que le exigían con premura; en la noche remató con la presentación en Instatok del libro de cómics publicado por un colega. Así que a las diez, cuando entró a la fiesta programada por Mauricio Blandón, su mente sobrepasaba el umbral del agotamiento y había entrado en un estado de nerviosa agitación.

Dio una ojeada general a los presentes, diseminados por la pantalla, alegres, esgrimiendo los vasos llenos, alrededor del anfitrión. Contestaron a su saludo con distracción, ocupados en armar la lista de canciones que correría durante la noche. La mayoría eran conocidos: Arturo Rocha y Nora, su novia, de cuerpo entero en un recuadro de la derecha; Chepe Ruiz, en el sofá de siempre con el bar al fondo y platos con picadas de queso y carnes frías sobre una mesita; Natalia Vives, el pelo azul alborotado y un gabán de gánster de película, atenta a cualquier comentario para ripostar una ironía; a la pareja que reía en el borde inferior derecho la conocía de una fiesta organizada semanas antes por Chepe Ruiz en la plataforma Younguer; de los demás había visto historias en Instatok o trinos retuiteados por Mauricio; incluso seguía a un par de ellos, aunque sin mucho entusiasmo.

Pero a la chica de la esquina superior derecha no la había visto en ningún lado. De entrada le llamó la atención su completa quietud. Se detuvo a mirar con atención si se trataba de una foto cuando le pidieron que propusiera

música. Él no había pensado en eso y se le vino a la cabeza una vieja canción del archivo de su abuelo que estaba escuchando esa tarde: *Marejada feliz*, dijo con tono sobrador; ¿Qué es eso?, saltó Natalia, burlona; Salsa antigua, respondió Lucas. En medio de las carcajadas y los silbidos oyó una voz dulce y vio que los labios de la foto se movían en correspondencia con ella: Excelente, me encanta la salsa antigua. Al pronunciar la frase todo el rostro adquirió vida y Lucas contempló la vivacidad de los ojos azules, las ondulaciones del pelo rojo y la vibración de la piel blanca iluminada por una lámpara de noche. Detrás, ocupando casi toda la pared, un afiche

color naranja encendido con la figura de una bailarina india. La lista empezó a rodar, todos acercaron sus vasos a la pantalla, sonó el efecto de chinchín desde el computador de Mauricio y la fiesta avanzó con el derrotero de siempre: comentarios sobre películas y videojuegos, chistes, holomeos, bailes, monólogos de achispados, karaoke, discusiones, reconciliaciones y nuevas discusiones, abrazos virtuales.

Estaba sorprendido por su animación a pesar del día extenuante, pero sabía que en cualquier momento el cansancio se acumularía y le caería encima. Así que se integró al ambiente tratando de aprovechar al máximo el tiempo de

vigilia que le quedaba. En ningún momento dejó de mirar a la chica, impertérrita en medio del jolgorio, como si su manera de emparrandarse consistiera solo en ver. Esa quietud plácida en medio de la algarabía aumentó la excitación de Lucas, hasta el punto de llevarlo a hacer algo que su timidez nunca le hubiera permitido: tocó la ventana de la muchacha y le mandó un mensaje: ¿Qué otra música vieja te gusta? Al instante recibió una frase seca: No me gusta otra música vieja. Pensó un rato largo para seguir con algo inteligente pero terminó escribiendo lo primero que se le había pasado por la cabeza antes de ponerse a pensar: Qué bien... ¿y esa canción

por qué te gusta? Ella contestó con una explicación amplia y él respondió con mayor fluidez. Siguió chateando por el interno. Hablaron de canciones, de los amigos en común, de la fiesta y terminaron criticando las ridiculeces y presunciones de los asistentes, como dos viejos cómplices sentados en un rincón. Cuando Lucas se dio cuenta eran las cinco de la mañana y la mayoría de invitados, borrachos o cansados, se habían retirado de la pantalla. Sintió caer el peso de la jornada sobre su nuca en el momento en que la chica, como si lo hubiera percibido, propuso irse a descansar.

Al día siguiente la buscó en FacePlus y hablaron por cámara. Se llamaba Lucía, era *gamer* y tenía su propio canal en Virtube; Lucas, entusiasmado, le dijo que aunque no era *virtuber* hablaba sobre cómics y manga en Instatok y que trabajaba como *rigger* en una empresa de animaciones 3D; ella se emocionó con las coincidencias y le contó que era programadora de sistemas para una empresa con sede de Estados Unidos; ¿Todavía existen programadores de sistemas?, bromeó Lucas, sonriente, pero la sonrisa se le deshizo de inmediato cuando el gesto plácido de ella se transformó en una expresión de honda molestia, y la voz dulce se puso áspera para ripostarle que de dónde sacaba semejante tontería y cómo se le ocurría, aunque fuera en broma, darle la razón al montón de estúpidos que creían que para programar bastaba con mirar tutoriales. La desproporción de la respuesta lo tomó desprevenido y solo atinó a pedir unas disculpas titubeantes. Después fue difícil hablar y se despidieron con una excusa cualquiera.

Dos días más tarde la buscó y le explicó que solo había querido hacer un chiste sin mucha consciencia de lo que significaba y que estaba de acuerdo con ella porque él de alguna manera también era programador. Ella escuchó seria y luego soltó un suspiro. Dijo que, harta de oír comentarios superficiales sobre su oficio, se había excedido, y que el asunto le había parecido aún más molesto porque se estaba empezando a ilusionar. Lo dijo de paso y siguió hablando de otro tema con su habitual dulzura. La conversación volvió a fluir pero la mente de Lucas se quedó patinando en tres palabras: empezando a ilusionar.

Esa semana daba una charla sobre manga shonen en Instatok cuando vio subir por la pantalla la foto de perfil de ella con un mensaje de saludo. No participó ni hizo comentario alguno pero terminado el evento le envió un mensaje interno elogiando la conferencia. Se conectaron y conversaron hasta tarde. Esa noche, al despedirse, se dijeron su primer beso. Lucas empezó por describir la forma y la textura de los labios de ella y pormenorizó las sensaciones que esa imagen generaba en su mente; Lucía continuó narrando con detalle el proceso de acercamiento de las bocas y la sensación húmeda y mullida del contacto, y él remató describiendo el juego de las lenguas enredadas en una sola. Permanecieron largo rato con los ojos cerrados, sintiéndose, y al final se miraron a los ojos con una sonrisa liviana.

Siguieron hablando todos los días, después de sus trabajos. Luego vinieron los viajes virtuales a lugares exóticos, en los que Lucas era un experto; y recorridos urbanos, programados por Lucía, en los que se adentraban por todas las calles y recovecos de la ciudad reproducidos en la plataforma Allcity; algunos fines de semana se ofrecían cenas especiales con velas encendidas y botella de vino en la mesa de cada uno. Pero no fue sino hasta una visita al museo de Arte Moderno de Nueva York cuando tuvieron su primer encuentro sexual. Lucas la había invitado a ver la colección de grabados japoneses, reseñada esa semana por un blog especializado; recorrieron la sala deteniéndose de vez en cuando en algún cuadro que él comentaba con tono erudito y ella miraba sin mucho entusiasmo. Lucas notó el desgano y decidió cambiar el plan. Se metió por el primer pasillo que le mostró el cursor y sin saberlo llegaron a la galería de grabados shunga.

Miraron perplejos aquellos dibujos de parejas retozando entre biombos decorados con paisajes otoñales, en fatigosas posiciones discordantes con sus gestos plácidos, y cuya condición de hombres o mujeres solo era discernible por la minuciosidad explícita con que estaban dibujados los órganos sexuales en excitación. Ella pidió que se detuvieran en la escena de una mujer arrellanada sobre un gran almohadón, las piernas abiertas y semiextendidas, sosteniendo con los dedos del pie derecho un espejo en el que se reflejaba la espalda del hombre que la penetraba. Lucas dijo algo sobre la relación de ese tipo de arte con el hentai, pero solo escuchó como respuesta un leve jadeo. Entonces se sacó los lentes tridimensionales y vio en la pantalla del computador la imagen de Lucía desmadejada con sus gafas RV puestas, las mejillas enrojecidas y las manos moviéndose rítmicamente dentro del calzón. Le pidió que se quitara los lentes y lo mirara. Se desnudaron con lentitud y se tocaron largamente el uno para el otro.

Con los días sus juegos sexuales se hicieron más intensos y vívidos y las caricias pasaron a ser solo el preludio del disfrute directo del pene vibrátil y la vagina contráctil con control bidireccional. Fue el tiempo de la felicidad completa, la sensación de no estar solos en el mundo, el cobijo de las relaciones establecidas, el amor. Y precisamente en ese momento el mundo cambió por completo.

Lucas trabajaba concentrado en un complicado diseño de movimientos cuando el rugido de un monstruo de mil cabezas hizo vibrar los vidrios y removió el piso del apartamento. Se paró asustado, fue a la ventana y se encontró con balcones y ventanas atiborradas de gente exaltada, gritando, abrazándose. Algo así solo había ocurrido cuando el equipo regional League of Legends ganó el campeonato nacional. Pero no era temporada de League of Legends. En segundos su móvil se llenó de mensajes de amigos, conocidos e incluso de gente con la que no hablaba hacía mucho: la pandemia había sido por fin controlada. A partir del día siguiente, después de veinte años, la gente podía salir a la calle.

Acordaron temerosos su primera cita en medio de las nuevas circunstancias. Ella planteó que se encontrarán en un café del centro de la ciudad que había sido tradicional en los tiempos previos a la pandemia y cuyo dueño había reabierto con bombos y platillos. Él contestó que sí, pero al momento se arrepintió. Luego de un silencio Lucía cambió de opinión y propuso que mejor se juntaran en la casa de ella. Lucas descansó. La idea de encontrarse expuestos completamente uno al otro y los dos al mundo lo había llenado de pánico.

El viaje a la casa de ella fue su primera salida, si descontamos una que otra vuelta por los alrededores del barrio, de las que regresaba apurado e inquieto. Así que el trayecto de más diez cuadras hasta la parada del bus, pasando por calles que recordaba vagamente de la infancia y cruzando una gran avenida como las de los videojuegos pero con vehículos reales que pasaban raudos amenazando la única vida con la que había sido dotado, fue el ingreso abrupto al portal de un universo apabullante.

El espectáculo de tanta gente desplazándose por las calles lo aterrizó en un primer momento. Pero se tranquilizó al notar que todos parecían tener la misma sensación de él. Avanzaban lentos, los cuerpos constreñidos, incómodos con una amplitud de espacio en la que aún no creían caber. En la parada del bus la gente tomaba distancia y muy rara vez una persona se dirigía a otra. Cuando el vehículo se detuvo y se agarró de la manija para subir, sintió el frío del metal; pensó que muchas manos antes que la suya habían agarrado ese tubo e imaginó al virus entrando en su piel y diseccionándose por el cuerpo. Caminó por el corredor central entre un montón de personas tan cercanas unas de otras como solo había

visto en las películas o en algunas pesadillas. Avanzó buscando un puesto para sentarse entre el denso vaho de los cuerpos y los olores mezclados de la humanidad, y pensó que lo que la gente de antes de la pandemia llamaba vida real era en esencia una sensación opresiva.

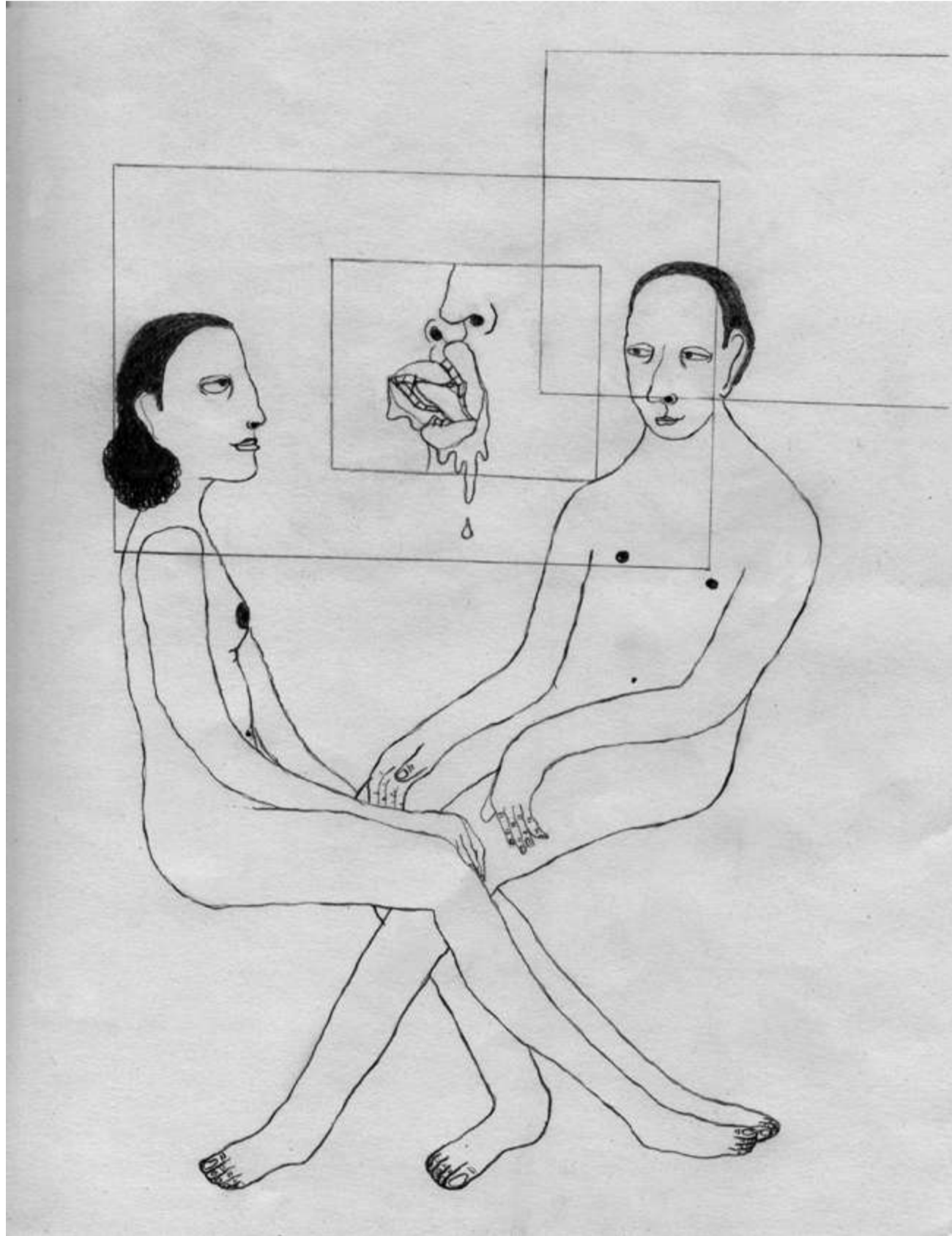
Cuando la puerta se abrió y vio aparecer a Lucía con un overol ancho de cargaderas y un atomizador en la mano, le pareció menos pálida y más bajita. Ella lo saludó con un brillo en los ojos pero sin dejar de guardar la distancia. Le pidió que se quitara la ropa y la dejara en una canasta junto a la entrada. Desnudo, lo asperjó rápidamente con el atomizador, le pasó una bata y le pidió que fuera a lavarse las manos. Camino al baño Lucas vio el techo tantas veces visto y comprobó que era más alto y tenía telarañas en los ángulos con algunas paredes; descubrió un insospechado patiecito con materas y observó una humedad en el muro de la sala. Tuvo la sensación de estar dentro de una versión modificada del apartamento verdadero. Al salir del baño se encontraron de frente y permanecieron quietos; vacilantes, se tomaron las manos y se tantearon los antebrazos y los hombros. Luego, abruptamente, se abrazaron. Lucas sintió que ese acto tantas veces realizado en la imaginación era un poco excesivo en su versión palpable. Incluía una especie de excedente innecesario que deterioraba la condición sublime de la idea original. En la expresión de ella vio una desazón a medias, como una molestia que no se aceptara aún como tal por falta de información. Se soltaron tan abruptamente como se habían abrazado y fueron a sentarse.

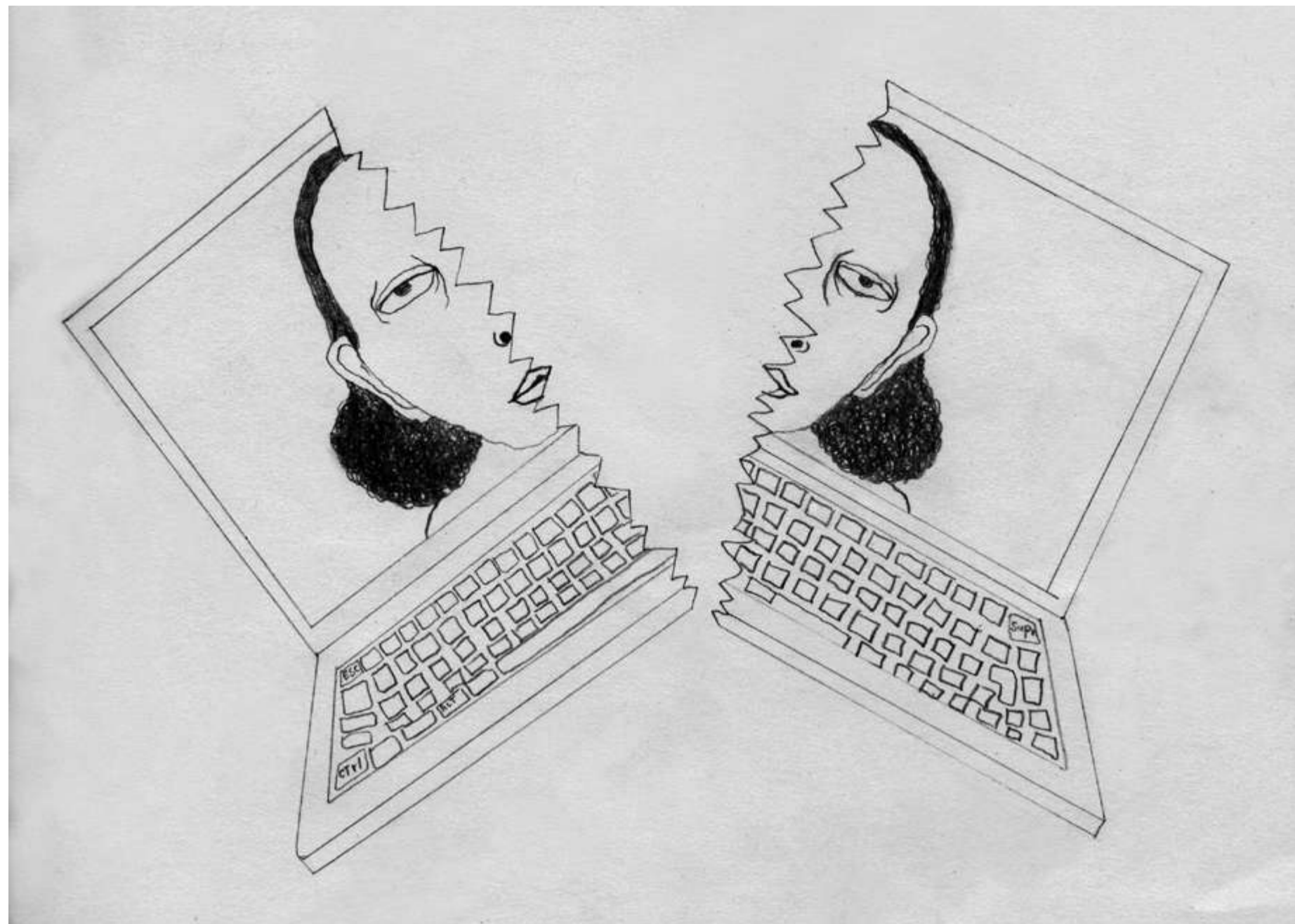
El comienzo de la conversación fue dificultoso, las palabras torpes e imprecisas, como si se estuvieran volviendo a conocer. Lucas habló de lo que había visto en el trayecto y ella de los ruidos de la calle que entraban por las ventanas, luego hicieron comentarios generales sobre noticias de actualidad; pero a medida que la atención de ambos se concentró en temas ajenos a la presencia inmediata del otro, se sintieron más cómodos. Recobrada la cercanía por el camino del distanciamiento la charla fue tornándose íntima y los llevó al primer beso físico. Era el primer beso de ese tipo que Lucas daba en la vida. Se esforzó por ignorar la molestia de otra boca invadiendo la suya y el embarazo de las lenguas desorientadas, y se dio ánimos con la idea de que algo de verdadero debía haber en ese acto para que la humanidad anterior a la pandemia lo hubiera erigido como símbolo del amor apasionado, hasta el punto de heredárselo a las generaciones posteriores como un mandato. Ella participó en el beso con movimientos precisos y periódicos de labios y lengua, tal vez siguiendo al pie de la letra instrucciones de un tutorial, con una atención metódica que parecía protegerla de la experiencia.

El instinto o la curiosidad o la esperanza los llevó a prolongar los besos y estos derivaron en caricias intensas y profusas que estimularon acciones cada vez más complejas hasta llegar a maniobras tan dispendiosas como la de quitarse la ropa; luego fue el contacto extremo de los cuerpos, que Lucas experimentó como una versión biológica del acto tantas veces vivido en la pantalla, pero cargado de saliva, olores, roces de la materia, vahos y estertores; estímulos tan excesivamente verdaderos que rayaban en lo artificial.

Luego permanecieron un rato en la cama, bebieron una cerveza a sorbos silenciosos y cuando empezaba a oscurecer ella se puso de pie y lo despidió. Había algo incompleto en su sonrisa. Sin embargo ninguno de los dos dijo nada.

El segundo encuentro se acordó en el apartamento de él. Lucía llegó con una botella de vino y un vestido de tela vaporosa y a él le pareció que había crecido un poco; no tanto como para alcanzar la estatura de los encuentros en pantalla pero sí bastante para hacerla un poco más alta que en el encuentro anterior. Había decidido que las cosas se hicieran de un modo distinto y esta





vez evitó lo rituales de la asepsia recordando en voz alta que la enfermedad había sido totalmente controlada. Ella aceptó sin mucho convencimiento y se dejó llevar hasta la sala, previamente acondicionada alrededor del computador, donde él propuso que charlaran mientras jugaban una partida de Final Fantasy XXV. La estrategia relajó el ambiente y creó una atmósfera liviana en la que hablaron, bebieron, jugaron y hasta se besaron físicamente sin la sensación de estarse tocando. Pero de cualquier manera las repercusiones de la presencia material eran inevitables. Cuando Lucas se paraba a la cocina o iba a otra habitación por algo que había olvidado no dejaba de sentir pegado al suyo el cuerpo de la chica que permanecía inmóvil en el sofá.

Fueron a la cama con una mezcla de temor y esperanza. Pero las incomodidades no solo persistieron sino que adquirieron un carácter más profundo. Esta vez Lucas sintió con claridad cómo el deseo abstracto e inabarcable era obligado a reducirse, pasado por un ínfimo embudo, para poder caber en la dimensión de los cuerpos concretos. Una voluptuosidad con bordes que en vez de engrandecerlo lo hizo sentir más estrecho.

Más tarde, cuando habló de eso, Lucía lo escuchó asintiendo con los ojos abiertos y, deshecho el nudo que la había estado atorando, se soltó a describir con pormenores sus propias sensaciones, similares a las de Lucas pero redimensionadas por el terror profundo de sentirse en contacto permanente con materia infectada.

Decidieron verse menos en persona y encontrarse preferiblemente en la red. Pero los encuentros virtuales nunca volvieron a ser los mismos. Por mucho que se alegrara cuando lo veía aparecer en pantalla, Lucía no podía dejar de revivir la sensación oprimente de ese cuerpo embistiendo el suyo; y cuando Lucas apenas empezaba a alegrarse con la sonrisa resplandeciente de Lucía al otro lado, la imagen se contaminaba con la acritud de los olores y la sensación viscosa del sudor. Llegaron a un punto sin solución en el que, sin dejar de quererse, se repelían en persona y no encajaban en la imaginación. Desapareció la costumbre

de los viajes, las cenas y las visitas a museos. Y poco a poco fueron olvidando los pequeños detalles que los habían unido: el link con un video que alegraba la tarde, un toque de pantalla en el momento menos pensado, un holomeme sorpresivo que los unía en la risa, un GIF tonto que solo ellos comprendían.

Así que la tarde en que Lucía dijo sin tapujos que no valía la pena seguirse mintiendo, él recibió la noticia con cierta liviandad a pesar del despecho y adoptó una engolada actitud ecuaníme para decir que lo mejor era cortar de una vez y que tarde o temprano cada uno encontraría a alguien que le pudiera ofrecer la relación distante que toda persona sueña; y remató con el refrán popular que había escuchado toda la vida: "Amores de cerca, amores de gente terca". Pero cuando ella mencionó al chico de Instatok que había conocido una semana atrás, la ecuanimidad se comprimió en una masa apretada de celos que Lucas tuvo que reprimir. No se lo había contado antes porque en principio solo se trataba de inocentes intercambios de emojigramas, holomemes y una que otra conversación; pero el asunto se había convertido en algo serio y estaba entusiasmada. Lucas escuchó sin dejar de apretar el control de mando del Xbox hasta que sonó el traquear de la pasta. Soltaron un chao seco y cerraron sus ventanas con un golpe de clic.

Después de la despedida se sintió fuerte y descansado, pero al día siguiente amaneció con un agujero frío en medio del pecho por el que se le desaguaban las ganas de vivir. El hueco se hizo más ancho y helado con el paso de los días. Para sobrellevarlo se entregó al trabajo y cuando el trabajo no surtió efecto, retomó, por consejo de un amigo, su olvidado avatar de Second Life y se dio a excesos y aventuras inverosímiles que aunque lo dejaron vacío y exhausto le ayudaron a dejar de pensar en ella.

Meses más tarde, cuando resurgió la pandemia, renovada y dotada de defensas contra las defensas, y la población fue obligada a regresar sus casas, pensó de nuevo en Lucía. La buscó en la red sin mucha esperanza, tal vez para demostrarse a sí mismo que lo

había intentado todo hasta el último momento. Como había supuesto, ya ella no lo necesitaba.

III

Dos años más tarde conoció a Isabel en una discusión sobre arte digital en Reddit e hicieron conexión inmediata. Ella era extrovertida y directa y él ahora era más decidido. Desde el primer momento se identificaron en sus gustos musicales, tecnológicos y sexuales. Sin muchos preámbulos se hicieron novios. Lucas volvió a vivir lo que ya consideraba irrecuperable: el tiempo de la felicidad completa, la sensación de no estar solo en el mundo, el amor, el cobijo de las relaciones establecidas.

Una tarde haciendo limpieza de archivos se encontró una olvidada carpeta con fotos tomadas en la época de Lucía. La recordó con vívida intensidad, como si la tuviera frente a la pantalla. Se acordó de aquella fiesta de Mauricio Blandón, buscó la canción, la puso a sonar y sintió palpar el viejo sentimiento; una vibración que nunca había vuelto a sentir, ni siquiera con Isabel, a pesar de todo lo que la quería.

Se preguntó si en aquella época no le habría faltado madurez para manejar las cosas de un mejor modo; si no hubiera sido preciso aguantar un poco más la presencia del otro hasta acostumbrarse a las nuevas circunstancias, como lo habían hecho algunas parejas conocidas que sobrevivieron al período del contacto físico. O como lo habían hecho durante toda su vida las personas de antes de las pandemias. Pero recordó haber leído que incluso en esos tiempos pretéritos muy pocas parejas lograban sobrevivir a la presencia material. Eran casos excepcionales, producto de autoengaños enraizados o predisposiciones al sacrificio; o, en casos más excepcionales aún, pasiones desmesuradas provenientes de reencarnaciones anteriores. Dejó correr la canción hasta el final y la escuchó con una sonrisa: "Marejada feliz, vuelve y pasa por mí, aun yo digo que sí, que todavía pienso en ti". El sonido de la comunicación entrante lo sacó de la música. Le contestó a Isabel con un gesto enamorado. ©



Nacido en cuarentena



por SANTIAGO CEMBRANO • Fotografías de Liberman Arango

Anysis Landaeta sintió que debía ir a la clínica. Luego de meses de espera e incertidumbre, su cuerpo le decía que pronto nacería su bebé. Despertó el domingo 19 de abril y salió bien temprano para la Clínica La Pílo de Medellín en compañía de su esposo Carlos Hincapié, un colombiano que está de regreso luego de una estadía en Venezuela. Había cerca de veinte mujeres embarazadas que esperaban. La mujer encargada de la limpieza pasaba y recordaba que debían guardar distancia entre sí al sentarse, y que era importante que todos los presentes usaran tapabocas. No había pantalla de turnos que indicara cuánto demoraría la espera. Las mujeres —unas con una gran panza, otras con barrigas más pequeñas, unas más viejas y otras saliendo de la adolescencia— empezaron a hablar. Alzaban la voz para salvar la distancia: ¿Primer parto? No, ya tuve dos hijos. También intercambiaban comentarios sobre ecografías y cuidados del parto. Una mujer, mientras esperaba, se desmayó. Nadie se alarmó mucho.

Cuando Anysis y Carlos supieron que tendrían un nuevo hijo todavía vivían en Venezuela. Meses después vinieron a Colombia con sus tres hijos —Dilan Stiven, de 7; Narem Manuel, de 4 y Edison Samuel, de 2— y el cuarto que cargaba Anysis en su vientre. El hambre y la desesperanza, y ver cómo sus hijos empezaban a enfermarse, fueron los motivos de su decisión. Primero, Carlos había intentado trabajar en la frontera con Colombia, ayudando a pasar maletas, televisores y comida por el puente;

con eso mandaba plata a San Fernando de Apure, donde estaba su familia. Tuvo problemas ahí y volvió a su casa. Vio a su familia demacrada y salieron para Colombia el 15 de enero de 2020. En el camino los robaron, perdieron su dinero y documentos. Pasaron por Cali, donde Carlos tenía familia, pero tampoco encontraron muchas alternativas ahí.

Llegaron a Medellín y encontraron como forma de subsistencia vender dulces en la calle, y así poder pagar diez mil pesos cada día por la habitación en la que dormían los cinco. En esos días de supervivencia en las calles de Medellín, la familia Hincapié fue viendo la panza de Anysis crecer. Esperaban una niña, para que fuera la princesa de la familia, pero no sabían en qué condiciones iba a llegar el parto. Cuando empezó la cuarentena por el coronavirus, los echaron de la habitación en la que dormían. En el parque de San Antonio, en el Centro de Medellín, encontraron una cuadrilla de la Alcaldía, que los llevó al Centro de Alojamiento Temporal del Coliseo de Florencia, un espacio que les permitiría tener un techo y comida para pasar la cuarentena. Ahí, Anysis había recibido los cuidados necesarios mientras la fecha del parto se acercaba. Y ese domingo 19 de abril, mientras esperaba, pensaba que había llegado la hora.

Había cuatro consultorios en el primer filtro, en los que se examinaba el estado del embarazo y qué acciones había que tomar. Por la tarde, a Anysis le hicieron una ecografía y unos exámenes de sangre. A su lado estaban dos mujeres embarazadas, también venezolanas, una de las cuales había sido

encontrada por funcionarios de la Alcaldía deambulando por la calle luego de varios días sin comer. Las enfermeras que atendían sus casos comentaron que la mayoría de embarazadas que llegaban a la clínica eran venezolanas; insistieron en que la planificación familiar era importante, luego de que las tres admitieran que no lo hacían, pero entendieron que la situación económica podía dificultarlo. Hacia el final de la tarde Anysis supo que no tendría su bebé ese día, y que la ecografía mostraba que estaba sano. Determinaron que la fecha de nacimiento probable iba a ser el 30 de abril. Con esa fecha en mente volvieron a Florencia, sin ningún bebé en brazos, para sorpresa de todos los que la esperaban en el Alojamiento.

En la noche del jueves 23 de abril, Anysis empezó a sentir algo de dolor, una presión leve que le hizo pensar en un cólico. Cuando despertó, el viernes 24 de abril, el dolor intermitente había aumentado su intensidad y frecuencia. Al mediodía la revisó el doctor del Alojamiento de Florencia y vio que ya tenía cuatro dilataciones: tenía que ir a la clínica. Luego de almorzar, llegó el carro y se fueron Anysis, Carlos y Lorena Patiño, la directora del alojamiento. En dirección a la clínica el carro pasó por lugares donde la familia Hincapié vendía dulces en los días antes de la cuarentena. Carlos lo narra así: “Era como ahí vendíamos o ahí nos sentábamos o ahí una persona nos colaboró con almuerzo para los niños. Es bonito recordar cómo nos cambió la vida con esta bendición, porque nadie nos colaboraba en los días antes de la cuarentena”.

Cuando estaban entrando a la clínica se encontraron con Eliana. Ella también se había estado quedando en el Alojamiento de Florencia y también estaba embarazada. Con Anysis se habían acompañado en sus procesos. Eliana había llegado a la clínica el día anterior, lista para el parto. Su rostro, lleno de la tristeza más profunda posible, contaba la historia antes de que su voz lo confirmara: había perdido al bebé. Con esa mala noticia, que dolió como una pérdida propia luego de lo unidas que habían llegado a ser, Anysis entró a la clínica.

Esta vez había menos mujeres esperando, seis o siete. Pasaron las horas en la sala de espera mientras Anysis, adolorida, se retorcía en su asiento. Al frente suyo, una mujer como de setenta años la miraba con dolor. Pidió agua y se tomó media botella de un trago. Cuando no pudo aguantar más, Lorena —Anysis la llama la profesora Lorena— pidió ayuda y, al fin, la revisaron. El bebé ya estaba a punto de nacer. Antes del parto, había unas regulaciones extra que tenía que cumplir, medidas adicionales por el coronavirus. Mientras pensaba que no aguantaba más le pidieron que se quitara los zapatos y se pusiera otros, que se desinfectara con alcohol y que se bañara.

Afuera, Carlos esperaba alguna noticia de su esposa y su nuevo hijo al pie de una tienda frente a la clínica. Ahí también salían los médicos a tomar café. Les contó su situación y recibió consejos. “Que cuidara mucho a mi bebé, porque estaba naciendo en un tiempo demasiado difícil”. Quería saber si sí había nacido, porque mientras esperaba vio a madres que salieron llorando luego de

haber perdido a sus bebés. Su paciencia estaba al límite, así como el aguante de Anysis dentro de la clínica.

Anysis recuerda que le dijo a la doctora: “Pues yo la verdad no creo que aguante a bañarme, y ella me dijo bueno, súbase a la camilla. Cuando me subí ahí mismo me dieron muchas ganas de pujar, y la doctora me decía que esperara para que subiera a la cama donde iba a tener el bebé”. La doctora le decía que aguantara, pero Anysis no pudo más: “Reventé fuente y el bebé fue pa fuera. Me tocó tenerlo ahí en la camilla donde me atendieron, no dio tiempo a subir a la cama”.

El procedimiento fue irregular, pero Nicolás Hincapié Landaeta nació bien. Anysis le había pedido a Dios en los días anteriores que el parto fuera rápido y fácil, y así fue. Menos de media hora después de que Anysis hubiera entrado en camilla, una enfermera salió para pedir la ropa del bebé y anunciar que todo había salido sin problemas. Liberman Arango —fotógrafo y reportero principal de este artículo— salió y le dio la noticia a Carlos: era padre de un bebé sano. “Eso me ayudó, porque estaba desconcertado. El clima que estamos viviendo es muy raro, los tiempos están muy pesados”, dijo el nuevo padre.

Anysis salió en silla de ruedas con el bebé en sus brazos. Antes de que Carlos pudiera entrar a verlo se vio el impacto del coronavirus. Antibacterial antes de entrar a la clínica y otra vez antes de ver a su hijo. Lo recibió con besos y caricias, derretido, manifestando el amor que podía a través del tapabocas, a él y a su esposa. Luego de unos minutos, Anysis fue a la habitación donde dormiría esa noche con su bebé, y Carlos y Lorena volvieron a Florencia. Los hermanos de Nicolás, emocionados y ansiosos por conocer a su hermano, pudieron verlo con fascinación en una foto que había tomado Lorena.

|| Qué momento más extraño para nacer, ¿no? La vida a la que llega Nicolás se siente frágil y fragmentada. Los números de muertos aumentan, así como el miedo frente a una amenaza invisible que somos todos y no es nadie a la vez. El futuro siempre es incierto, pero en esta época lo es aún más, como manejar en medio de la niebla, con solo un par de metros visibles delante del carro. Eso no lo sabe Nicolás, claro. No sabe que la pandemia y la cuarentena definieron su vida desde que inició.

Para Carlos es un momento contradictorio, una realidad que asusta y al mismo tiempo les entregó un alivio temporal. Si no hubieran llegado al Alojamiento de Florencia, dice, quizás no habrían visto nacer a Nicolás; quizás habrían contraído el coronavirus en la calle. Por eso no para de dar gracias a Dios (y al alcalde Daniel Quintero). “Acá he tenido alivio, en la calle estaba preocupado. Gracias a Dios, por este lugar pude tener a mi hijo dignamente. Si no, no sé qué hubiera sido de nuestras vidas cuando nació Nicolás”, señala Carlos.

Días después del nacimiento de Nicolás, en el Alojamiento Temporal sus hermanos Dilan, Narem y Edison están contentos y celosos a la vez. “Quieren estar encima de él todo el tiempo, cuidarlo; pero cuando uno no les presta atención por estar con él se enojan”, dice la madre. En su felicidad, le agradecen a Dios que todo haya salido bien. Anysis considera que tal vez tuvieron suerte con el momento en que nació Nicolás. “Está la pandemia, pero no estuvo ni tan mal este momento. Si no fuera por esta contingencia, no sabríamos en qué situación habría nacido el niño. Gracias a la cuarentena dimos con este albergue y acá me entendieron y me dieron todo para el bebé”.



Siendo Nicolás el cuarto hijo de la familia Hincapié Landaeta, Carlos, de 35 años, asegura que con su esposa no quieren más hijos. Ambos tienen planeado operarse para asegurar ese cometido. Él, además de los cuatro hijos que tiene con Anyis, de 23 años, ya tenía cuatro más cuando la conoció: ocho en total. “No los he traído a sufrir al mundo, han sido bendiciones que Dios me ha dado y yo he aceptado”, explica.

Dice que está feliz, pero está llorando. Con su voz quebrada, recuerda la incertidumbre que enfrentó con su familia, sin saber dónde dormir. “La calle es difícil. Esta fue una bendición, pero hay gente que ha muerto por falta de estas bendiciones”. Por eso, aunque entiende que por la pandemia es importante mantener la distancia personal, recalca que “sentimentalmente debemos estar mucho más unidos, para poder comprender cómo esto está derribando vidas. Cada día hay que pedirle a Dios que el amor sea más grande de él a nosotros y de nosotros a él y los demás”.

La familia Hincapié está bien, pero saben que la cuarentena terminará. ¿Qué pasará entonces? “Cuando termine la cuarentena... ahí sí ni idea. Salimos sin rumbo, a buscar y empezar de cero”, responde Anyis. Para Carlos no hay otra opción que salir a la calle y esperar la bendición de Dios, seguir con su día a día. Tiene muchos planes para sus hijos, por ellos es que se rebusca cada día. Con la llegada de Nicolás, le gustaría conseguir un empleo y “aprovechar una territa que me regalaron por Villatina. Con quinientos mil pesos podría conseguir madera y algo de zinc en una chatarrería para empezar a hacer una casa”.

Hemos escuchado que, tras la cuarentena, el mundo será distinto. Habrá de encontrar formas distintas de habitar y de relacionarnos entre nosotros. Desde el nacimiento de Nicolás, Carlos ha estado pensando sobre el tipo de mundo en el que quiere que crezcan sus hijos. Por ahora, lo que espera es que, al menos, su familia pueda tener un techo, “No importa si es con un subsidio de vivienda que tenga que pagar después. Necesito con urgencia eso para controlar el futuro de mis hijos”. Se encomienda a Dios y, entre lágrimas, le pide que controle la situación y la pandemia desaparezca; solo puede hacerlo Dios, dice, pues los humanos hemos sido desobedientes de las leyes y órdenes divinas. “Quiero que Nicolás y sus tres hermanos puedan crecer en un mundo en el que puedan ser saludables y llevar una vida digna. Que crezcan y sean grandes personas, de agrado para todo el mundo. Le pido a Dios que, en medio de esta pandemia, pueda ver crecer a Nicolás también”.

Por el momento, les queda esperar y disfrutar del tiempo en familia, de noches en que no tienen que pensar en cómo van a lograr comer luego de que despierten. Han sido días dolorosos para muchas familias en Colombia, pero para la familia Hincapié ha sido una época de felicidad, acentuada por la llegada de Nicolás. Antes de llegar al Alojamiento, recuerda Carlos entre lágrimas, hablaba con su esposa y le preguntaba por qué les estaba pasando eso a ellos. Ella mantuvo su energía alta y la fe en Dios firme. Como agradecimiento con la atención que les han dado, le pidieron a Lorena, la directora del Alojamiento, que fuera la madrina de Nicolás. Ella aceptó. “Nos da alegría porque ya es parte especial de nuestra familia”.

Cuando nació Nicolás, Carlos se despidió del personal médico del hospital y dijo, “Bueno, ya gracias a Dios me llevo a mi hijo para la casa”. De inmediato se corrigió, avergonzado: no era su casa, era un Alojamiento Temporal de la Alcaldía. Y Lorena fue la que lo corrigió de nuevo: “Es su casa, allá estamos todos juntos, allá pertenecemos en este momento”.



III

Durante los primeros días de vida de Nicolás, cambió la administración del Alojamiento Temporal de Florencia. Lorena Patiño ya no era la directora. Días después, a Carlos y Anyis les avisaron que iban a ser trasladados. Los tomó por sorpresa: esperaban que se extendiera su estadía por toda la cuarentena. Les dijeron que iban a pasar a un lugar amplio en el que estarían bien, pero llegaron a una nueva habitación en un inquilinato en el Centro de Medellín, un espacio más pequeño e incómodo que el que tenían. Han tenido conflictos con

el administrador por los llantos de los niños, que están asustados. Carlos volvió a Florencia para pedir ayuda y averiguar por el proceso de los documentos de la familia. Lucía, la nueva directora, le dijo que ya lo habían ayudado y que tenía que irse. La Policía del Alojamiento lo amenazó con táseres. Ahora Carlos y su familia buscan reunir plata para pasarse a otro lugar; de lo contrario, es probable que lo del inquilinato termine en violencia: no puede taponar la boca a sus hijos para que no lloren, como le ha sugerido el administrador. ☹

Poemas

por GLORIA ESTRADA

Distancia

A un metro y más allá
ni una luz difusa en el fondo
Las manos propias al frente
apenas para confirmar que alguna cosa tiene contorno

Confinamiento
también la niebla

No es lugar para performances

Ninguna puesta en escena
El arte es fuego en las laderas
las llamas: los pies que trepan
las manos formando barricadas
el humo levantado al viento de los trapos rojos
el grito que se derrite en pavimento
A la calle el hambre
la huelga de las bocas
con tapabocas destapadas

Brindo

Yo sé que el alcohol es un lugar común
Das un sorbo dos tres cuatro
Media botella, la botella entera
El mundo cobra otro sentido
Hoy no es hoy
Es quién sabe cuándo

¿Virus? ¿Cuál virus?

Antes de covid pandemia del siglo sars
Se sabía de una plaga
Tas tas cortando cabezas y árboles
Humanos y animales regados por ahí
Carcomidos por ahí
Comején en las columnas de madera

¡Salud! Es una ironía en esta vida
Esta de cuerpos encerrados
Mentes... ¿cómo? ¿alineadas?
¿Virus, cuál virus? Virus esta plaga
Que se está comiendo lo sembrado
Estos gobiernos empresariales cuidando qué
Eso está muy raro

Que el vino no se agote
Y pueda seguir brindando
Por la esperanza del encuentro
La certidumbre del cariño
La ilusión del entendimiento
Habrá lugar y tiempo para develar la burla
Lo que se pudo haber hecho y no fue
La calle que nos quitaron
Y a la que tenemos que volver

¡Salud!
El lugar común en el que estamos
El que queremos habitar
Porque somos comunes
Vos y yo
Con epidemia o no
Sin que nos falte un trago



ALMUERZOS Y OTRAS DELICIAS.

PRODUCTOS ARTESANALES QUE FACILITAN COCINAR EN CASA.

DOMICILIOS 301 331 0444

LUNES - VIERNES 10AM - 3PM



PIZZERIA CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro a través de Domicilios.com



Gastronomía personalizada Embutido artesanal

HACEMOS DOMICILIOS en Medellín
Todos los días
De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977



CIUDAD CAFE CHARCUTERIA - BAR
PARA LLEVAR A CASA

CHARCUTERÍA ARTESANAL - SODAS Y COCTELES - ALIMENTOS CONGELADOS

Adquiérelos en nuestro local en el barrio Carlos E. Restrepo o a domicilio para todo Medellín
Pedidos al WhatsApp: 300 616 51 15
3006132256

Pelotina y plutoni

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN • Ilustración de Titania

La profesora interrumpió la clase de matemáticas y a mí me dio mucha alegría porque me estaba yendo mal con las tablas de multiplicar. En cambio para los dictados era el mejor del salón, mi mamá me había enseñado a leer desde antes de entrar a primero y escribía todo perfecto y sacaba cinco siempre, cosa que me fue aburriendo y por eso empecé a equivocarme de gusto para que mi cuaderno también tuviera tachones en rojo como los de los demás. Quería saber cómo era que lo corrigieran a uno en el dictado, entonces sí había que escribir “Pedro toca flauta y biala”, yo ponía “Pebro toco fluta y biala”. Luego, cuando la profe estaba calificando, yo ponía cuidado a ver qué cara hacía, quería que se alarmara por mis retrocesos, pero creo que se daba cuenta de que me equivocaba de aposta.

Yo lo único que quería era que me viera normal, como los demás, como cualquier otro compañero, la verdad es que me había cansado de ese cuaderno pulido de caritas felices, sobre todo porque yo no estaba feliz.

Con mi mamá en la casa hubiera sido muy distinto, tal vez habría estudiado las tablas conmigo y me las hubiera aprendido de memoria y así hubiera podido equivocarme de gusto para sentirme superior. Pero en matemáticas no necesitaba de mis patrañas para ser malo, por eso esa vez cuando suspendieron la clase para que escogiéramos el regalo de la madre me puse muy contento. ¿Qué será que escojo?, pensaba y pensaba y no sabía, había tres opciones, un portarretratos, un cofre para meter joyas o un juego de salero y pimentero en forma de mazorca medianitas que se ponían sobre

una hoja como de maíz. Las tres cosas eran de cerámica blanca, así todas simples, y nosotros las teníamos que pintar y ponerlas bonitas porque era muy importante que el regalo tuviera nuestro color y nuestro sello. Al final escogí las mazorcas porque era el regalo más grande y con más piezas y también me gustaba mucho el color verde y cómo contrastaba con el amarillo.

Yo rogaba, Ojalá nos pongan a pintar el regalo en clase de matemáticas, pero no, al otro día me sacaron al tablero y no fui capaz de recitar la tabla del siete y me puse a llorar. La profesora me dijo que tranquilo, que después me la aprendía. Yo sabía que no me podían regañar mucho, como mi mamá estaba en una clínica de reposo sentían lástima, entonces yo sabía que podía perder materias y hasta el año y no me regañaban, les daba pesar, cómo me iban a regañar si mi mamá estaba en una clínica de enfermedades de la mente, que es como un manicomio más relajado. Por eso a mí me cuidaba la muchacha del servicio, que tampoco se sabía las tablas, porque mi papá trabajaba todo el día en la universidad.

El día que se la iban a llevar para la clínica de reposo me abrazó como con una alegría toda calmada y me dijo que me amaba y que pilas en el colegio, pilas con matemáticas, que ella ya me había enseñado a leer y a escribir. Pero a mí no me importaba el colegio, sentía que me iban a arrancar el corazón y me puse a llorar y le dije que no se fuera, entonces mi papá me cargó y me llevó para mi pieza a hablar seriamente, que tenía que ser fuerte y darle fuerza a la mamá, yo le dije, Si no me llevan a la clínica de reposo, pierdo el año. El me miró como impaciente. Al final fuimos en un taxi a llevarla, ella iba contenta porque ya había aceptado estar un tiempo en esa clínica. Mientras llegábamos yo pensaba que iba a hacer todo lo posible por quedarme con ella allá, dormiríamos en la misma cama, estaba dispuesto a hacer un escándalo bien duro como el que hizo mi prima Marcela en el entierro de su papá, el tío Jairo, que lo mataron y ella se quería meter en la tumba y la tuvieron que agarrar a la fuerza para calmarla. Voy a hacer eso, voy a empezar a llorar desde ya, me decía a mí mismo ahí en el taxi bien agarrado de la mano de mi mamá. Mi papá iba adelante y como no me miraba a los ojos yo podía tener cualquier pensamiento.

Esa tarde no hice nada el escándalo, lloré pero poquito, es que no me dieron ganas de quedarme allá, esa clínica era toda aburridora, con enfermeras y todo, dízque de día y con las luces prendidas, tenía unos corredores recién brillados como para deslizarse en medias, bacano, pero qué gente tan mala clase, una viejita se me quedó mirando feo y me dijo hijueputa, así todo pasito, pero yo no le conté a mi papá, él estaba firmando un papel. Mi mamá se quedó como contenta y no lloró cuando nos fuimos. Papá, ¿cuándo va a salir de allá? Esperemos que rápido. Mi mamá me había contado que a la abuela le habían tenido que inyectar morfina cuando estaba embarazada de ella y que seguro eso la hacía desequilibrarse, pero yo veía a mi mamá como una genia creativa, me hacía magia cada rato y hacía aparecer nuchitas y leches condensadas y teníamos juegos que solo ella y yo sabíamos jugar, por ejemplo, Pelotina y Plutoni, dos arañas madre e hija que hacíamos con las manos y se atacaban después de unos rodeos cariñosos. Quién sabe si yo también tenía morfina en mi cuerpo pero atacaba con las uñas y Plutoni le ganaba a Pelotina aunque fuera más chiquito.

La señora del servicio me cuidaba muy bien, mi papá trabajaba, metido en la universidad con los sobacos sudados dando clase, porque le daban nervios. Yo pensaba que los filósofos eran gente muy nerviosa por hablar de cosas del antiguo mundo del saber y de señores barbados y sabios. Esos filósofos sabían mucho y hablaban muy bonito pero como que no aplicaban eso a su vida de todos los días, pa qué saber tanto y vivir maluco o que le den rabias a uno o no saber resolver con tranquilidad los problemas. Yo pintaba el regalo de la madre, tin, avanzaba con el verde, con el amarillo de los granos, que estaban muy bien tallados. De cada regalo había una muestra ya pintada para que no fuéramos a meter otros colores que no se podían. Yo ya había pintado mucho en la casa con mi papá y pintaba muy bonito, tenía mi estilo característico, pero para decir las tablas trastabillaba como las mulas del tío Jairo cuando estaba vivo, que las metía por unos caminos de piedras y ellas se resbalaban y a mí me gustaba el sonido de los cascos contra las piedras. Era muy bueno ir a Fredonia a montar en bestias mansas y a pasar los fines de semana pero cuando mi mamá estaba equilibrada.

Yo me dormía tarde, me quedaba jugando alguna cosa, tenía muchos juguetes gracias a dios. Una vez me trasnoché y escuché que mi papá le estaba contando a la tía Magda que a mi mamá una señora le había jalado el pelo y la había arrastrado, yo no sabía si era la misma señora que me había insultado, pero me dio mucha tristeza y rabia, seguro le caímos mal como familia y nos cogió bronca o de pronto era su forma de ser y por eso estaba allá reposando sus rabias, pero a veces no se aguantaba y reaccionaba así, o quizá vio a mi mamá muy frágil y yo había visto que cuando la gente cruel veía a alguien con debilidades se la montaba más, como una calcomanía que vi en un bus que era un

ratón atrapado en una trampa de queso y otros ratones dándole por el culo y una frase que decía que cuando uno está mal todos se aprovechan. Mi papá también le contó a la tía que mi mamá había dicho que le estaban haciendo brujería porque amanecía con pedazos de pelo entesado, pero que una enfermera le había explicado que a ella se le metía el pelo al café con leche y como le echaba tanta azúcar eso ayudaba a que se le tostara, no entiendo cómo no se daba cuenta.

Las mazorcas y la hoja de maíz me estaban quedando bien, pero al escondido robé un poquito de negro y le mezclé a mis colores para oscurecer algunas partes, es que eso verde y amarillo pajejo me estaba quedando demasiado infantil, yo quería como hacer unas sombrillas que mi papá me había enseñado, por eso al final, de todas las mazorcas, las mías eran las más bien hechas, se notaba mucho, parecían pintadas por el profesor de dibujo pero la profesora no me regañó. Yo prácticamente podía hacer lo que me diera la gana menos dar pata o decir groserías, de resto, por el tema de mi mamá, tenía mucha libertad y si me la quitaban recurría a mis pataletas y lloraba a moco suelto para que les diera bastante pesar. Entonces yo no hacía tareas, qué pereza, además no me podía concentrar, uno sin la mamá, ¿cómo se concentra? Esa era mi arma y a veces pensaba con cierto pesar que cuando ella volviera no iba a tener cómo manipular a la gente.

Fancizca rega la marrarita, El ena- ne tenía un gato al que llamava Mehcas y uan lora a la que regañeba porque se comí el panequezo del desayuno, Giller- mo toda la gitara y canta con su hamigos. 8 x 7, 56, 8 x 8, 69. Estamos muy preocupados con el niño, a este paso va a perder el año, le dijo un día la profe a mi papá, lo hicieron ir porque había casado a un compañero, le pegué un puñetazo en la cara mientras comía papitas y lloró todo duro y mostró las papitas masticadas y yo le cerré la boca aunque se la hubiera podido abrir del todo como me contó mi papá que un guerrero mató a un león, así abriéndolo de las mandíbulas hasta partírlle en dos la cara. A ese niño su papá y su mamá lo llevaban y lo recogían todos los días en un carro todo bacancito. Marica tan chillón.

El día de la madre yo iba muy nervioso, llevaba con mucho cuidado las mazorcas y ese busero andaba muy rápido y el bus brincaba. Mi papá le tenía un vestido y una tula con las cosas del aseo. También llevábamos una bolsa de mecató para que ella la escondiera en la pieza y no se la dejara pillar. Cuando llegamos me acordé de esa viejita, no la quería ver, qué tal que me tumbara al suelo el regalo, eso ahí mismo se hubiera quebrado como estaba el

corazón de la familia con mi mamá allá metida. Pero nada. Le entregué el regalo y se puso muy contenta y lloró y todo pero luego pensé que a ella le gustaba más el azúcar que la sal, hubiera sido mejor regalarle una azucarera, pero es que esa no estaba en las opciones, yo le dije, Mamá, una mazorca es para sal y la otra para pimienta, pero ahí le puede echar mejor azuquitar. Más lloró. Yo le dije, Juguemos a Pelotina y Plutoni, pero allá le habían obligado a cortarse las uñas entonces no tenía gracia. Ella le preguntó a mi papá, ¿Cómo va el niño en el colegio?, y él me miró como desafiante, Él va bien, va bien, dijo y yo me quedé callado. Ese día almorzamos por ahí cerquita de esa clínica, que quedaba en una esquina llena de sombras de árboles grandes y como alcancé a ver las torres del Atanasio Girardot supe que estábamos por el estadio. A mí me gustaba ir al estadio, pero de noche.

Ese año me disfracé de chino, mi papá me untó un poquito de sacol en las sienes con la piel estirada para rasgarle los ojos y funcionó muy bacano, pero en el colegio me dio dolor de cabeza y le tuve que decir a la profesora, ella se asustó mucho cuando me vio la piel arrugadita por el sacol y dijo que era por eso, que a mi papá cómo se le ocurría, pero yo lo defendí, a mí también me gustaba el sacol y olía fuerte pero agradable, para oler de lejitos, mi papá y yo hacíamos mucho bricolaje y el sacol era un producto muy común en la casa, pero la profe me lavó en el lavamanos y el disfrac se dañó porque ya no tenía los ojos rasgados, le tocó estregarme mucho y quedé rojo. Qué ridiculez tan grande, me hubiera aguantado el dolor de cabeza como me había aguantado todos estos meses sin mi mamá.

Al final del año, cuando faltaban pocos días para entregar las calificaciones, le soltaron, fue una alegría muy grande pero yo me sentía muy mal porque había perdido el año, la profe me dijo, Es mejor que repitas primero porque después vas a tener problemas, y estás muy niño, no hay afán. Yo lloraba con mi mamá y mi papá al lado, los tres ahí con la profe y yo agarrado de la mano de mi mamá. La profe me dijo que me fuera a jugar y al ratico me llamó y me dijo, Tomás Emilio, te vamos a pasar a segundo, pero te tienes que esforzar mucho en matemáticas y recuperarte en español, y tienes que mejorar la concentración. ¿O sea que gané el año? Dígame que pasaste a segundo. Ese día nos fuimos todos contentos para la casa y le prometí a mi mamá que el otro año me iba a ir bien en el colegio y ella prometió que nunca más iba a volver a una clínica de reposo. Yo hubiera querido celebrar con el juego de las arañas pero teníamos que esperar hasta que le crecieran las uñas. ☹





EXLIBRIS  café
libros
repostería

Libros distintos para crear mundos distintos

Envíos lunes, miércoles y viernes
a Medellín, área metropolitana
y el resto de Colombia

20% de descuento en sellos Planeta
y del grupo editorial Random House
10% de descuento en sellos Penta

 @cafexlibris
☎ 300 362 8240

**HACEMOS DOMICILIOS,
NO HAWAIIANAS.**



Cll 49° #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

Temporalmente solo domicilios de pizzas. De Martes a Domingo a partir de las 5pm.

ANGOSTA EDITORES

En tiempos de silencio,
aquí siguen las palabras.



www.angosta.co

LIBRERÍA GRAMMATA

¡SOMOS LA LIBRERÍA DE LAS EDITORIALES INDEPENDIENTES LATINOAMERICANAS!

Consulta a través de nuestros medios digitales todas las novedades y ofertas en todos nuestros libros.

Consulta nuestra Tienda Online:
www.libreriagrammata.com

PEDIDOS: ☎ 301 4266918

 /Librería Grammata Sede Estadio: Calle 49b # 75-33

LOS LIBROS DE JUAN

LIBRERÍA ESPECIALIZADA EN LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS.

Entrega de libros en 5 días.
Todos nuestros volúmenes con un 35% de descuento.
(Incluye envío en área metropolitana de Medellín)

☎ 3142550355  @loslibrosde

 Librería Los Librosdejuan

R/palinurodemedellin@gmail.com

Seguimos vitales en las letras, las historias y la calidez de una librería de libros leídos con la venta de los BONOS LITERARIOS

20 MIL PESOS BONO LITERARIO
30 MIL PESOS BONO LITERARIO
50 MIL PESOS BONO LITERARIO
100 MIL PESOS BONO LITERARIO

Eche pa' dentro y léase un libro

Visita:

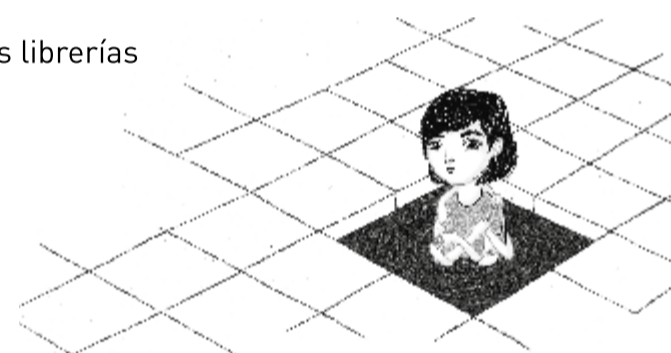
www.tragaluzeditores.com

Y encuentra los títulos de 10 editoriales antioqueñas.
Envíos a todo el país.



La editorial Atrarraya lo invita a leer el libro de poesía La vida como era de Manuela Gómez

Pídalo en las librerías Antimateria Exlibris



COMBOS PARADOJA EDICIONES

Fanzine #7 Tiempo
+Fanzine #8 Movimiento
+Fanzine #9 Archivo Personal

20.000 + valor de envío

Contacto:
paradojaediciones@gmail.com
WhatsApp 301 710 39 03

Frailejón Editores

Libros para la sed del espíritu

Poesía - Ensayo - Narrativa - Cuento

www.frailejoneditores.com

LAS PALABRAS SON IMÁGENES

Somos diseñadores y editores enfocados en la investigación y producción de contenidos (DIBUJOS, ILUSTRACIONES, FOTOGRAFÍAS, PLANIMETRÍAS, TEXTOS).

Y posteriormente en su formalización o en su conversión a libro, identidad gráfica, señalización, arquigrafía o exposición.

WWW.MESAESTANDAR.COM
ESTUDIO GRÁFICO Y EDITORIAL
FB / INSTAGRAM / TWITTER: @mesaestandar

Nuestros libros te abrazan

¡Seguimos llegando hasta tu casa!

Proceso de compra Silaba

- Selección**
Busca aquí los libros silaba.com.co/silaba-listado-libros-precios-2020/ para ver los títulos y precios. Y en silaba.com.co por **Colección, Autores y Títulos.**
- Pedido**
Realiza el pedido escribiendo al WhatsApp ☎ 313 649 0459 No llamadas
O al email silabaeditores@gmail.com
- Pago**
Espera la confirmación del valor a pagar. **Descuento del 20%.**
Envío por Coordinadora. Pagos por transferencia Bancolombia o corresponsal bancario. Cuenta ahorros Bancolombia #43652686118 a nombre de SILABA EDITORES S.A.S. NIT 900307955
- Comprobante**
Envía **comprobante de pago** al email o WhatsApp con los siguientes datos: nombre completo, teléfono, dirección y ciudad.
Espera nuestra confirmación.

La primera persona que murió en pantalla en la historia del cine hecho en medio de este arrume de montañas fue “La desgraciada”.

Así, con ese nombre, aparece el personaje en los créditos iniciales y en los intertítulos de *Bajo el cielo antioqueño*: la primera película rodada en Medellín, en 1925, el mismo año que se estrenaron, por citar dos clásicos cualquiera, *El acorazado Potemkin* y *La quimera del oro*.

La mujer, plagada de infortunios, aparece cuando los protagonistas entran a la Estación del Ferrocarril de Antioquia con la firme intención de tomar un tren que los lleve lejos, a darle rienda suelta a ese amor prohibido por un poderoso patriarca sobreprotector.

En la primera de estas fotos vemos a “La desgraciada” de rodillas, a los pies de Lina y Álvaro (¡uhm!), quienes hacen una brusca pausa en su huida hacia el fin del mundo para ayudar a una mujer desconsolada...

“Para Lina tuvo aquella voz una extraña atracción. Sonaba a sus oídos como venida de lo Alto”, reza el sugerente intertítulo, típico del cine mudo.

La mujer les cuenta entonces su tragedia en dos letreros: “Amé ciegamente a un hombre... Déjeme por él la felicidad de mi hogar... hoy el infame se ha convertido en mi verdugo...”. Y les muestra “una enorme cuchillada sobre la morbilidad del brazo, horrible herida que Álvaro se apresuró a vendar con su perfumado pañuelo”.

El pobre Álvaro lamentará en adelante ese gesto, y en general haberse detenido ante “La desgraciada”, quien, además de oracular, resultará ser una especie de médium a través de la cual la mamá de Lina alcanza a reprenderla desde el más allá.

“Pobre mujer”, exclamó Lina, “me ha salvado de cometer igual locura. Para que cure sus heridas, para que viva lejos del miserable que la maltrata, tome usted. Y desprendiéndose de sus más ricas joyas, las puso en manos de la mendiga”.

Si observan la misma imagen, verán, atrás de la columna, a dos representantes del hampa local que merodeaban por allí: “el Aeroplano” (versión cinematográfica del “avión” paisa) y “el Puntillas”.

“La buena Lina estaba bien lejos de sospechar el plato que les servía a aquellos dos desalmados”, nos advierte el intertítulo 95.

Lo demás es historia. El par de aviones puntiagudos siguen a “La desgraciada” hasta que al doblar una esquina la emboscan, la acuchillan y le arrebatan las joyas que la redimirían de su miseria.

En la última imagen de la secuencia, “el inspector de policía, acompañado de dos facultativos y un detective” inician “el levantamiento del cadáver”.

“El único indicio era aquel perfumado pañuelo con que Álvaro vendó piadosamente el brazo de la desgraciada...”.

Hasta ahí lo anecdótico.

El psicoanálisis y el socioanálisis de este primer trauma letal en la historia del cine antioqueño se los dejamos a los más aventurados.

*Estas imágenes hacen parte de la foto fija de la película *Bajo el cielo antioqueño* (Arturo Acevedo Vallarino, 1925) a cargo del fotógrafo Daniel A. Mesa: un conjunto de 75 fotografías, resguardadas en la Torre de la Memoria de la Biblioteca Pública Piloto y disponibles para consulta en su repositorio digital.

“La desgraciada”: el debut de la muerte en el cine paisa



Estas alturas se me está embolando el tiempo y tengo la impresión de que el reloj eléctrico de la cocina anda más despacio si es que no camina de para atrás. Qué días estos que nos tocan, que parecen domingos todos. Unos domingos más tontos que los domingos comunes y corrientes a los que nos hemos acostumbrado, cuando se llevan los niños a los matinales, a comer helados en los parques entre las palomas. Y a veces se visitan las suegras. La suegra es siempre un buen recurso para gastar un domingo. Era. Porque ahora ni con la suegra se puede.

Al principio de la cuarentena me seguí bañando como siempre por la mañana, como si mantuviera mi derecho a salir. Y hasta me ponía la ropa de siempre que debo mezclarme con Bretaña en los cocteles de las galerías y en los clubes de la clase media adonde a veces me invitan, o me invitaban los amigos, como si me dispusiera a cumplir una cita. Pero poco a poco me doy cuenta de que no tengo a dónde ir, porque no me dejan. Porque dicen que estoy demasiado viejo para exponerme al mundo exterior. Qué vaina tan jodida es ponerse viejo. Es cosa que apenas se nota, que se va pegando pero que de todos modos es reconocible, sensible, pecaminosa.

En estas grises rutinas, ahora me he ido dejando, ya no me afeito sino cuando la barba empieza a picarme, y muchas veces dejo pasar el día en pijama, descalzo, con perfecto desinterés por el cepillo de cabeza. Del computador de escribir pendejadas y leer pendejadas al televisor de ver pendejadas, como un péndulo me sobrevivo. Pero soy injusto. También he escrito algunas cosas que me gustan, y he visto algunas cosas buenas, bien hechas, informativas, sensibilizadoras. Escalofrantes documentales sobre los refugiados de todas partes, de masas que huyen hacia los países donde ponen las garzas con unos pocos corotos en los brazos, seguidos por la prole. Y vi algunas películas buenas. Claro que sí. Y conciertos de agradecer. Ofrecieron uno de Carlos Vives y sus amigos, pero por fortuna lo anunciaron con anticipación, para evitármelo. El mundo, a pesar de todo, parece estar bien organizado. Y en las ciudades se señalizan los huecos, los malos pasos, y nos previenen sobre los pisos mojados en los centros comerciales. Pero ya los centros comerciales son como un sueño. Me dicen que están cerrados. Los centros comerciales cerrados tienen un encanto triste. Como los templos en desuso.

En el camino al televisor desde el computador, o viceversa, uno le pega una ojeada inevitable al teléfono celular que se pone como nervioso en el bolsillo, y vibra y chillá. Yo no sé qué sería de nosotros, pobres terrícolas constreñidos a lo privado, en este trance de ahora, sin estos artilugios de la tecnología, sin la posibilidad de comunicarnos a través de las pantallas, de vernos aunque sea convertidos en haces de fotones. Estas cosas que nos miran y donde miramos forman parte de una misteriosa evolución de las relaciones que mantenemos con el mundo, son nuestra memoria colectiva contenida en un montaje de microcircuitos. Quizás prometen una conciencia organizada y la formación de un cerebro colosal unificado. Por ahora, mientras se realiza esa metamorfosis de lo individual a lo colectivo, mediatizada por redes de chips que emiten bytes y cuyos algoritmos reconocen en el pequeño relámpago de un parpadeo un rostro en un millón, contentémonos con cruzar chismes con los primos e hipótesis sobre el origen de la peste con los pocos amigos que nos quedan, y con el derecho de averiguarles la vida a las hermanas porque estamos aislados cada uno en lo suyo. A propósito, si todavía pudiera tener una hija la llamaría con el hermoso nombre de Pandemia. Me gustaría mucho gritar

El diario de Eduardo Escobar, uno de los cinco que crecen en *Pensar la Cuarentena*, da cuenta de los recorridos domésticos de un encierro que se lleva con resignación. El teclado, el control remoto y la biblioteca son compañeros de quietud.

Tercer lunes de mayo, 18, creo



por EDUARDO ESCOBAR • Ilustración de Cachorro

Pandemia, Pandemia, y que apareciera una niña corriendo hacia mí para abrazarme saltando en un solo zapato.

Y yo me pregunto. Quién sabe algo de veras sobre lo que nos está pasando: cuando todo el que ha querido decir algo sobre la naturaleza de la crisis ya lo dijo, estamos en las mismas miasmas de la incertidumbre, en perplejidad, boquiabiertos como en un sueño insulso donde algo nos acecha sin embargo. Y todo cabe, incluso la paranoia de la conspiración masónico-sionista para coronar cualquier detritus de la antigua casa de David. O la intriga jesuítica y opusdeísta o ariana. Todo puede ser cuando nadie sabe nada. Y hace tiempos dejaron de mandarnos ángeles del cielo para que nos expliquen las cosas y nos aconsejen lo que debemos hacer con ellas, por ejemplo, si la mascarilla es provechosa o solo nos aproxima al colapso por ansiedad.

De dónde surgió el monstruo minúsculo lleno de patitas, qué forma tiene. Dicen que es hermoso. La belleza también mata. Rimbaud la sentó en sus rodillas y la injurió, y dijo que era amarga.

Qué es un virus. Las explicaciones de los científicos para nosotros los de a pie suenan a galimatías. Y cómo funciona: el bichito captura un glóbulo rojo e incuba en este un código y ahí está la catástrofe perfecta y empieza una multiplicación desahorada, inasible que se escabulle en mutaciones inesperadas. Y todo el mundo a su casa, a lavarse las manos, como cuando estábamos chiquitos. Mientras aprendemos a acortarle la vida con algún compuesto de proteínas armado en un laboratorio alemán que lo desbaratará desde adentro. ¿Y si no? Y si fuera el virus indestructible, el inexplicable, el anticristo montado en una cápsula de una micra o un micrón.

Los antiguos terrícolas todo lo medían en términos angélicos, y se preguntaban por el sexo de los ángeles, y cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler. Nosotros no somos menos bizantinos que nuestros protoabuelos con nuestros trabalenguas técnicos. Voy a repetirlos, los astrofísicos de ahora tan

solo me cambiaron el bíblico Fiat Lux, por el cándido Big Bang. Es que fueron una vez niños que leyeron cómics. Y dejaron a Dios de lado para hacer metáforas con gatos cuánticos y saquear la germanía del Super Ratón. Cuántos caben en la punta de una aguja.

Y por qué estoy hablando de estas cosas, si precisamente dejé el televisor encendido en la historia de la familia Durrel... Para decirte, querido diario, qué es lo que más me aterra de la parálisis decretada, más que la ausencia de los abrazos, y el regreso de los zorros a los antejardines, más que la imposibilidad de encontrarse con los amigos y de palear, simplemente, las calles, sin rumbo, por el gusto de patearlas. Pero tú sabes, querido diario, tú, que me conoces mejor que yo, lo que más me fastidia del ostracismo: no poder darme un paseo por la librería Lerner de la avenida Jiménez. Me gustaba hacer ese tránsito por la ciudad virreinal de cuando en cuando. Ese tránsito desde el parqueadero de la carrera quinta que no es más que un patio polvoriento, hasta la librería, sorteando cagadas de perro por los andenes, tropezando con mendigos dormidos debajo de una cobija a cuadros, aspirando las rinconeras amoniacales donde desaguan los llamados habitantes de la calle, y aromas de empanadas vinagres resucitando en las pailas y nubes de gasolina de lo que llaman el parque automotor. Parque automotor es mucha joda para llamar los autos y los camiones y los buses y los enjambres de las motocicletas zumbadoras. Es como llamar a la leche el líquido perlático secretado por la cornúpeta consorte del toro. He notado que ahora han dejado de usar la palabra agua, esa bella palabra que parece un bucle, una burbuja uniendo armoniosamente la primera letra del alfabeto con la quinta de las vocales, por medio de una ge. Pero para qué les sigo contando. Ahora esa vaina se llama recurso hídrico. Una vez hice la prueba de pedirle a la camarera de una cafetería bogotana de la carrera séptima, rumbo a la librería Lerner, precisamente, que me

trajera un vaso de recurso hídrico, frío, por favor. Y me mostró el culo ofendida. Pero mejor me marché ya, querido diario, no sea que se me desate el Quevedo que todos los escritores llevamos dentro. Mañana salgo. Mañana salgo. Simplemente me rebajo diez años si me lo preguntan y me voy a buscar algún lugar donde le vendan a uno una cerveza y le presenten una muchacha con los labios pintados.

Para mí uno de los placeres de la vida es visitar librerías. Manosear libros, abrirlos, leer el índice y las solapas y la contratapa, ponderar el papel, la costura del lomo, la amplitud de los márgenes, los tipos de letra. Nunca hasta ahora me había puesto a pensar en el parecido que guardan las nalgas con el libro abierto. Pero deben ser los delirios del aislamiento después de días de no ver una mujer de carne y hueso ni siquiera vestida, ni siquiera en sueños.

Que pronto volverán a abrir las librerías, dicen los planificadores de las estrategias del combate contra la impalpable presencia virulenta. Error de cálculo. En la pandemia, las librerías son lugares tan peligrosos como las centrales de abastos. Ninguna entre todas las cosas comprables, exceptuando los aguacates, debe ser más acariciada, ponderada, escrutada, y sacudida para calibrar el tamaño de la pepa.

¿Quiénes me robaron el placer de las librerías, la lujuria de los libros nuevos abiertos como nalgas? ¿Los murciélagos chinos con sus sonrientes dientecillos? ¿La parasitóloga enamorada de Wuhan que dejó una puerta abierta por pensar en su novio de ojos rasgados, cuyos padres murieron en un campo maoísta de reeducación? Que fue el nombre que le dieron los chinos a los campos concentracionarios de su horrible siglo XX. ¿Quién pudiera decirnoslo, querido diario?

Pero ya son las once de la noche, si no más. Tal vez ahora ha vuelto a amanecer ayer. Tal vez amanecerá y veremos un pasado mañana que no nos habíamos imaginado. Después hablamos. ☺



eppm®

Foto: EPM

Con la Planta San Fernando empezó a revivir el río

A finales del siglo pasado, al río Medellín iba a parar todo el contenido de los alcantarillados y muchas basuras generadas por los habitantes del Valle de Aburrá. Pero la inauguración hace 20 años de la primera Planta de Tratamiento de Aguas Residuales (PTAR) marcó un hito para la vida en el río y las quebradas.

En 1981 EPM contrató un estudio para determinar cómo sería el sistema de recolección y tratamiento de las aguas residuales en Medellín y los municipios cercanos. El estudio también definió dónde deberían construirse las plantas. Cinco años después, en 1986, empezaron algunos programas en quebradas y en el año 2000 fue inaugurada la Planta de San Fernando, en Itagüí.

En ese momento era casi imposible encontrar vida acuática en el río, pues el oxígeno disuelto por cada litro de agua era cercano a cero miligramos. Cuando entró en funcionamiento la PTAR San Fernando el río Medellín empezó a mostrar, en la zona de influencia de la planta, unas cantidades superiores a cuatro miligramos, lo

necesario para que haya vida. El proceso que se hace allí puede parecer complejo, pero paso a paso se entiende mejor.

Inicialmente, las aguas residuales de Envigado, Sabaneta, La Estrella, Itagüí y una pequeña parte de Medellín entran a una trampa de grava, donde se extrae parte del material con una cuchara similar a las que son usadas para dragar. El agua pasa luego a la zona de cribado, donde se extraen algunas basuras y otros sólidos flotantes que después son compactados. Luego las arenas son extraídas y pasadas por una tubería con agua hasta la zona de lavado para remover el material orgánico y compactarlo antes de su disposición final. El agua llega entonces a un sistema donde se extrae el lodo y ya con unos niveles de limpieza más altos de los exigidos por las normas ambientales, está lista para ser entregada al río.

Pero San Fernando, Aguas Claras (ubicada en Bello e inaugurada en junio de 2019) y otras PTAR proyectadas no

serían nada sin los cerca de 4.600 kilómetros de tuberías subterráneas que recogen las aguas residuales. La mayoría del sistema funciona por gravedad, toda vez que las montañas a lado y lado del río y la inclinación del valle de sur a norte ayudan a que el proceso no requiera bombeo.

"Esta es una infraestructura muy importante que nos permite transportar esas aguas residuales a las plantas de tratamiento. En San Fernando tratamos alrededor de 1,6 metros cúbicos por segundo, lo cual representa más o menos el 20% del caudal de todo el Valle de Aburrá", indica dice León Arturo Yepes, gerente de Aguas Residuales de EPM.

La limpieza cada vez mayor de las quebradas y del río Medellín hace que las personas hayan vuelto a darles la cara. En sus orillas han crecido proyectos públicos y privados de vivienda y recreación. "Y sabemos que hay una cantidad de proyectos que se siguen enmarcando en ese desarrollo que se puede hacer alrededor del río gracias al saneamiento", asegura Yepes.

Bar El Guanábano

Compre pa' llevar:
six-packs de cerveza, aguardiente, ron, café,
zumos, sandwiches, jugos y otras cosas más.



ABIERTO DE
4 A 8 P.M.

Domicilios
en el centro
2163742

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro, por medio
del cual tenemos la posibilidad de recordar
que la vida, con toda su magia
y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS
EN MEDELLÍN

Tel.: 2302522



SABORES DE
ARIS

RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-15 • TEL 564 22 23

Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974

WhatsApp Facebook Instagram




PREMIOS nacionales de cultura Universidad de Antioquia 2020

-  Premio Nacional de **Literatura**, modalidad dramaturgia o guion cinematográfico de largometraje
-  Premio **Memoria**, escultura memorial
-  Premio Nacional de **Música**, modalidad piano
-  Salón Nacional de **Artes**, Mutis 2020



Convocatoria abierta hasta el viernes 26 de junio de 2020

Mayores informes: premioscultura@udea.edu.co / 2195177

www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura

   @UdeAcultura

con el apoyo de:



un proyecto de:



MUESTRA DE VIDEO Y EXPERIMENTAL

TALLER DE VIDEO GLITCH + MUESTRAS + VJAM SESSIONS

v a r t e x m e d e l l i n . c o

Medellín, 11 al 14 de agosto

Evento apoyado por el Ministerio de Cultura Programa Nacional de Concertación Cultural

El amor es la esencia del
cuidado propio y del otro

Te presentamos nuestra nueva
***Red de amor, cuidado
y salud mental***
para afiliados a Comfama

Aquí podrás:

1. Recibir atención telefónica

Un primer acompañamiento profesional
en orientación psicológica sin costo.
Y la posibilidad de iniciar una asesoría
psicológica especializada.

TA: \$12.000 | **TB:** \$15.000

TC: \$18.000 | **TD:** \$24.000

*Valor por dos sesiones.

2. Enriquecer la cotidianidad

Actividades para el disfrute y
el crecimiento personal como:

Cuidar
tu mente

Gestionar
tus emociones

Jugar
y viajar

Vivir la
cultura

Activar
tu cuerpo



Melissa officinalis

Toronjil

Levanta el ánimo y
calma la ansiedad

Llama al 360 70 80 opción # o si
estás en una región de Antioquia
marca sin costo, desde fijo o celular
al 01 8000 415 455 o ingresa a
www.comfama.com


www.comfama.com

comfama